

DESTINO

POLITICA DE UNIDAD

Núm. 337 - Barcelona, 1 enero de 1944 - 1 pta.
SEGUNDA EPOCA — AÑO VIII
REDAC. Y ADMIN.: PELAYO, 28, PRAL. 1.º TELF. 11482

BRAZOS EN CRUZ

por MANUEL BRUNET

La tragedia que devasta el Mundo ha popularizado la imagen de Pío XII brazos en cruz. De pie o de rodillas, en el salón del Trono del Palacio del Vaticano o en las calles de Roma, ante las ruinas de San Lorenzo Extramuros o ante la imponente fachada de San Juan de Letrán, su Catedral, la Catedral de Roma y del Mundo, todo el pueblo romano ha visto a Pío XII brazos en cruz.

No es un ardid oratorio, ni un italianismo, ese gesto de Pío XII: esa actitud penitencial es seguramente el eco de prolongada oración, de torturantes meditaciones en el silencio de su capilla o de su gabinete de trabajo. El único inocente, el inocente del Vaticano, es también el que mejor se da cuenta de que el poder de las tinieblas se ha enseñoreado del Mundo. Ante el nacionalismo idolátrico y homicida, quintaesencia del orgullo humano, el inocente del Vaticano se ha convertido en el penitente número uno. Como otro Cristo, el Pastor Angélico expía los pecados del pueblo. Instintivamente sus brazos adoptan la forma de cruz, o más exactamente: la forma de su cruz. Porque, aunque invisible, la cruz de Pío XII es real, como es real la corona de espinas que su tiara oculta.

Carecen de la más elemental sensibilidad los que contemplan la actividad del Vaticano comparándola con la de un mariscal de campo, de una academia diplomática o de un vulgar jefe de la guerra. No es esa la misión del representante de Cristo: él no sabría engañar al Mundo, ni jugar a diplomáticos.

No entienden nada de nada los que suponen que gracias a ciertas preferencias o a una información completa y exacta el Papa ha tomado partido por un grupo determinado de pueblos. Pequeña y extravagante es la idea que tienen del Papa esas gentes, que le suponen capaz de sentirse anglófilo, germanófilo o americanista. También Judas creía en preferencias y sospechaba que era el menos amado de los once. Su sagacidad le impedía ver claras las cosas más simples, adivinar que la corrupción de su corazón era capaz de ofuscarlo todo. Es universal la misión del que enseña a los hombres de todas las razas y pueblos a dirigirse a Dios invocándole como Padre nuestro. Pero como, afortunadamente, no hay ningún poder humano realmente universal, ciertos hombres, adoradores de ídolos, no llegan a comprender que exista un poder divino universal, una paternidad y una fraternidad universales.

Se equivocan también los que creen que la voz del Papa se pierde en el desierto. Aunque inerte, esa Radio Vaticana no será vencida. Su palabra contribuye a formar una conciencia universal, a defender los principios de la única doctrina que puede impedir el asalto de la barbarie, la única que defiende libertades concretas, las de derecho natural y las llama por su nombre; que inculca el respeto a la persona humana, la necesidad de una mayor justicia social, la fraternidad entre pobres y ricos, blancos, negros y amarillos, la necesidad de respetar la palabra dada y de no servirse de la guerra como instrumento de política nacional.

Brazos en cruz, el inocente del Vaticano, el único contra el que no se levantan las piedras en los días de desesperación, inculca al Mundo la única ley que puede salvarlo. Sus cinco mensajes navideños constituyen el código de la única paz posible, la paz con justicia. En el orden moral, nadie puede superar esta doctrina; políticamente, ningún jefe de la guerra ha dicho tanto ni tan concreto.



Como un eco angustiado del sublime mensaje de Paz que S. S. ha dirigido a todo el Mundo con motivo de la Navidad, recogemos en esta foto el momento emocionante en que el Papa habla al pueblo italiano durante uno de los bombardeos que Roma sufrió últimamente. Brazos en cruz, lleno de compasión y piedad el Sumo Pontífice dirige frases de consuelo a los que sufren



Véase el reportaje, "Historia aproximada de las tarjetas de visita", por J. E. VILARÓ, en la página literaria, el artículo de ANTONIO MARICHALAR, "El año literario en lengua inglesa 1943". Además: "El Santo Grial y San Pedro de Rodas", por ANTONIO BOSCH UCELAY, y el cuento de LAJOS ZILAHY, "La gabardina", ilustrado por P. CLAPERA.

Véase, también, en la página 14, la sección,

AIRE LIBRE

con artículos y noticias deportivas



Don Manuel Bosch Barrett

DON Manuel Bosch Barrett fué presidente del Tribunal Mito de las Nuevas Hébridas por espacio de tres años. La guerra le obligó a dejar las bellas islas del Pacífico para arribar de nuevo en las costas de nuestro Mediterráneo. De su larga estancia allí es fruto un libro: «Tres años en las Nuevas Hébridas», que

ahora acaba de publicarse. Nuestros lectores conocen las primicias de esta obra, ya que el señor Bosch, viejo colaborador de «Destino», ha publicado varias páginas de la misma, como interesantísimos reportajes. Lo difícil con Manolo es conversar sólo cinco minutos, tan agradable y amena es su charla.

—Cuéntame algo de aquellas tierras.
Poco puedo contarte que no te haya ya dicho. He hablado, tanto de los trópicos que a veces me admira la paciencia que tienen mis amigos para escucharme.

—¿Te gustaba aquella vida?

—Más que cualquiera otra. La vida en aquellas tierras es un poco como los manjares que salen de lo corriente y cotidiano, es decir, las ostras, el caviar, el «foie-grass»; o mejor todavía, como el whisky; puede gustar o no gustar, pero no puede discutirse.

—Pero habrá días de gran monotonía.

—La mayoría de ellos. Pero no tiene importancia. Lo importante es que el tono sea bueno; y para mí el tono es de calidad superior. No es que no haya visto rondando por el Pacífico algunos seres más o menos embrutecidos, pero yo siempre he creído que si se hubiesen quedado en Europa se hubieran embrutecido igual.

—¿Podías estar en contacto con el movimiento intelectual de Europa?

—¿Qué duda cabe! Los nueve barcos en que se divide el año nos traían los periódicos y libros de todo el Mundo, con la ventaja de que los periódicos venían con cuarenta y cinco fechas de retraso, pero con leer uno cada día cogías el ritmo como si el suceso acabase de acontecer.

—¿Viste muchos europeos por allí?

—No muchos, el europeo en general sigue la ruta norte y prefiere los tranvías eléctricos de Honolulu a los cocoteros y los atolls de la Polinesia. En Tahiti comí un día con Alain Gerbault, a quien considero, pese a sus detractores y sus auténticos defectos, un hombre sumamente interesante. Tiene especialmente un conocimiento vastísimo de las lenguas del Pacífico y sabes que la filología es una de mis pasiones. Este es un punto que se ha estudiado poco, y no obstante es tan bello como misterioso.

—¿Conoces alguno de sus idiomas?

—Poco. Tengo nociones de tahitiano, de malayo y algo de tonkinés; pero Dios me libre de compararme con Gerbault. No solamente me interesa extraordinariamente la filología del Pacífico, sino que me interesan sus curiosas analogías.

—¿Recuerdas algún hecho que ocurriese allí durante tu estancia?

—Sí. Un suceso que causó en Port Vila mucha angustia, pero que afortunadamente terminó bien. Salí a reclutar mano de obra una gasolinera que nosotros llamábamos «petroleto», y, como es natural, no podían tenerse noticias de ella hasta que regresase al cabo de los cinco días previstos. Pero transcurrieron los cinco días, después seis, más tarde, ocho, y la gasolinera no volvía. La alarma cundió. La embarcación llevaba un solo motor y ni un pedazo de vela ni mástil. Si, pues, había tenido una avería quedaba desmantelada, a merced de las corrientes, y con las que reinan en aquellos mares era segura su deportación hacia las costas de Australia y, por lo tanto, la muerte antes de alcanzarlas. Todas las embarcaciones existentes se hicieron a la mar; pero, ¿cómo hallar una cascara de nuez con seis personas a bordo, entre ellas dos mujeres, en aquel dedalo de islas, islotes, radas y arrecifes? Cuatro días después las embarcaciones regresaban. Sus pesquisas habían sido infructuosas. La desolación reinó en la población, y el Gobierno, considerando la embarcación perdida con sus tripulantes, mandó celebrar funerales, a los que asistí. Por la tarde entraba en la rada de Port Vila una goleta y a bordo traía a los naufragos hallados milagrosamente en un islote llamado Toupan, al que habían podido arribar al quedar desamparados.

Obreros en Alemania

Se calcula en 6.500.000 el número de obreros extranjeros que los alemanes emplean en sus fábricas de producción de guerra. Esta cifra se descompone del modo siguiente: 1.300.000 polacos; 800.000 franceses; 1.500.000 prisioneros de guerra de la misma nacionalidad; 350.000 italianos; 1.500.000 rusos y 500.000 prisioneros rusos.

A CADA DÍA SU AFAN

ENERO

POR el mes de enero entra el Sol en Saturno, mal planeta cuyo elemento es el aire. Por eso, aunque el 14 soplen brisas el mar sigue en calma. Y porque es de calidad caliente y húmeda conviene usar de manjares calientes (asados, caza y algún capón, si queda) y no levantarse con sed de la mesa. Reina en enero el signo de Acuario, particularmente sensible en las espinillas de las piernas; por lo que, si Dios no lo remedia, toca sufrir a los reumáticos y a los heridos por aquellas regiones. Y conviene a perlas, oro, topacio y demás piedras, que en la cuesta de enero tienen gran empeño.

Según los clásicos, quien naciere bajo el signo de Saturno será hombre pequeño y de triste condición. Es el caso de Byron, bajito, cojo y así que tal, nacido a 22 del mes; el de Roosevelt —el 30— con su media parálisis.

Afortunadamente este de enero trae buenos valedores para remedio de tales males. Dígalo el anacoreta San Daniel, abogado de caminantes y demás que no dan paz a las piernas; dígalo, entre todos, el catalán San Raimundo de Peñafort, patrón de abogados y avientador de demonios y ladrones, así como de reuma, llagas, dolencias de nariz, gargan-

ta y oído, hidropesía y otros malos humores.

Por lo de año nuevo vida nueva, quieren muchos que, del tiempo reinante en los doce primeros días de enero se prediga el de los doce meses. Si el día 1 amanece sereno, no lloverá en todo el enero; si el 2 sopla viento, también lo habrá en febrero; si hace frío el 3, vendrá un marzo de abrigo. Otros prefieren el calendario de la cebolla, colocando doce cebolletas al sereno —con una miagja de sal en cada una— y viendo cuál está más húmeda al día siguiente, pero la operación se efectúa, entonces, en la noche de San Silvestre. Ahora bien, marquen los calendarios lo que quieran es cierto que, a mediados del mes, cuando entra Saturno: en la llamada Semana de los barbudos (por San Pablo Ermitaño, San Antonio y San Mauro abades), se juntan los días más fríos del año.

Es tiempo de sembrar en cama caliente, de prodigar avena y harina de carne a las gallinas para aumentar la puesta, de poner a media ración a los animales de labor y duplicar la de las vacas lecheras. También el vino requiere sus cuidados: el mayor, levantar bien el porrón y enderezarlo con movimiento brusco, que las camisas se ponen perdidas.

J. R. M.

Aunós y las leyes de garantía a la persona humana



Don Eduardo Aunós

DON Eduardo Aunós, nuestro colaborador, está sentado en la misma mesa de trabajo en la que tanto ha hincado los codos durante sus años intensos de residencia en París.

Tiene aire cansado. Las últimas disposiciones en materia penal que han hecho girar los rotativos de España y fuera de ella en estos últimos días, pueden dar razón del motivo.

Ahora me voy unos diez días a descansar al abrigo del clima de la provincia de Alicante. Cuando regrese daré a la ponencia de las Cortes, elegida a estos efectos, el estudio de mi ley de garantías a la Persona Humana, que tan gran paso significará hacia la normalidad y hacia la liquidación de las últimas consecuencias de nuestra guerra civil. Esto será incluso más importante que el decreto que preparo para el mes de abril, dirigido a liquidar el grave problema penal que pesaba sobre nosotros. Cuando este decreto quede promulgado, dentro tan pocos meses, no quedará en las cárceles más población penal que la habitual, o sea unos 38.000 reclusos.

—Para Vd., señor ministro, una tamaño labor política no se llevará a cabo sin sacrificio de su producción literaria.

—No demasiado. Aunque todo el material lo tenía preparado desde cierto tiempo atrás, es ahora mismo que aparecerá la voluminosa obra «Biografía de París», que será un largo estudio de la gran capital latina, que comprenderá hasta los mismísimos 1942 y 1943.

—Sus últimos viajes a las orillas del Sena habrán sido puestos a prueba literaria, por lo que veo.

—Esta época, en la literaria casi completamente inédita, también viene en el libro reflejado no como tema profundo ni erudito, sino dando amplia acogida a lo anecdótico. Por eso puedo sacar más partido del actual y del pasado siglo que de las épocas más remotas y menos trabajadas por los testimonios oculares. Tiene que haber mucho cronista para que de una determinada época o ambiente histórico se pueda sacar material al estilo del de la «Pequeña historia» de Lenotre, que tanta escuela va dejando.

CAFE DE LA NOCHE

TODO... Y EN SU ORDEN

LATINISTA, enciclopedista, humanista tímido y hombre de tartajante decir, nuestro amigo trabajaba mucho, ayunaba y no por penitencia lo suyo y sacaba adelante a trancas y barrancas el excesivo don del cielo de siete chavales, con la correspondiente madre — un día musa — y alguna cuñada que otra que como andarían de trabajos que sentarse a la escueta mesa de nuestro hombre les parecía fiesta.

Aproximábase en los días del calendario el grande de Navidad, y el enciclopedista que



trabajaba para una grande y cicatera empresa aumentó las horas de trabajo para haber más rendimiento y reunirlos en la tradicional noche vernácula.

Le pagaron allá sobre el día 23 setenta amuchantes, vulgo duros, y como el hambre no entiende de fechas y apartados cincuenta para el hogar se quedó mirando con ojos poco en calma el menú de un restaurante que le pillaba de paso. Muchas veces lo había leído con tanto amor como a Plotino por lo mismo, valga el ejemplo, pero nunca se había decidido a entrar. Esta vez entró. Entró decidido. Se sentó a la mesa y el camarero le presentó el menú con los platos múltiples que la cocina ofrecía a los clientes: «Huevos revueltos. Huevos a la tartara. Huevos con chorizo. Merluza marinera, calamares a la romana, besugo al horno. Medallones de ternera. Riñones al jerez, escalopes milaneses. «Entrecot» a la parrilla».

—¿Qué es lo que desea el señor?

El hombre vaciló un momento y al fin, moviendo de arriba abajo su índice tembloroso en la carta repuso: —Todo, todo... y por su orden...

SU HERMANO ARTURO

El ex diputado a Cortes español refugiado en París, F. P., era hombre a quien la emigración le había aún hecho más confuso la noticia que tenía de las letras francesas. En una reunión de artistas y escritores a la que le asistía con algunos elementos españoles le presentaron al escritor Henry Rambaud.

El ex diputado habló un poco con él y en una pausa quiso salvar el silencio, preguntándole: —¿Y donde está ahora su hermano Arturo?

Rambaud, imperturbable le contestó: —Con Verlaine y Pétain, en la otra zona...

LAS FORMAS

Pocas veces se podrá renunciar, sobre todo en estos momentos, nada menos que a José Plá, Eugenio Montes, a Juan Ramón Masoliver, a Dionisio Ridruejo, a César González-Ruano, con la gentil Eugenia Serrano en torno a amadanes de Cagigal, en la Clínica Montserrat de Barcelona.



La conversación volaba de ingenio en gracia, de cultura en puro alarde cuando se habló de la forma en el arte. Eugenio Montes, dijo, de pronto, esta cosa estupenda:

—Convengamos en que la mujer es un ser carente de forma...

Y el «ecletico» y manifiesto Plá:

—Hombre, don Eugenio, le diré a usted...

La clave de una escuela humorística

Aunque ya es cosa sabida que los humoristas son gente grave, cuando no triste, no deja de sorprender el aire cabizbajo y meditabundo de Tono, que con «La Codorniz» se ha catalogado como humorista a la moda. Tono ha abandonado «La Codorniz», la que ha constituido un pequeño escándalo dentro de los afiliados al humor absurdo y desencajado de esa escuela. Últimamente parece que ingresa otra vez, la que no hace más que aumentar el escándalo.

El grupo —y ahora en serio— se pelea. Los enemigos de Tono nieganle que sepa hacer reír ni siquiera haciendo cosquillas. Y llenos de mala intención recuerdan el auténtico debut de Tono que si fué humorístico lo fué «malgré lui».

Ocurrió en un banquete hace ya algunos años. Tono, al que nadie, ni él mismo, consideraban humorista, sino muy empaquetado y solemne, tuvo que levantarse para dar un brindis. Inexperto en la oratoria, se fué enredando e interpuso a la cita de un ejemplo, una frase hecha que promovió una carcajada unánime. Para apoyar su aseveración, había dicho simplemente:

«Tanto es cierto lo que afirmo, que en el Perú, sin ir más lejos...»

Lo restante ya no se oyó. Tono quedó corridísimo y apabullado. Pero los asistentes palmotearon y gritaron:

—Tono, eres genial.

¿Ha leído Vd.

HURACAN EN JAMAICA?

por Richard Hughes

Un libro extraordinario distinto de todos los demás, sobre el cual José Plá ha escrito:

«Si yo pudiera tener suficiente fuerza sugestiva para lograr que lo leyeran mis amigos, estoy seguro que dentro de quince días todo Barcelona hablaría de este libro.»

(«Destino»)

EDICIONES DESTINO, S. L. - BARCELONA

Un saludo al P. Dunstan

ENTRE las fotografías que los beligerantes ponen a disposición de la Prensa internacional, la que hoy acompaña estas líneas merece particular atención: un fraile franciscano a bordo de un acorazado. La composición no puede ser más original. No se trata de una escena de película, sino de una realidad cotidiana. El acorazado forma parte de la Marina británica: es el «Renown». El franciscano es un conocido hispanófilo inglés, un producto típico de la Universidad de Oxford que, a pesar de sus doctorados, entró en la Orden franciscana, desempeñó varios cargos de gobierno en los conventos norteamericanos de su Orden y la guerra le ha convertido en voluntario y capellán del acorazado de línea «Renown».

Pero lo que interesará especialmente a nuestros lectores es saber que el P. Dunstan recogió, en 1936, a varios capuchinos escapados de Barcelona y logró conducirlos al monasterio inglés de Crawley, en donde permanecieron hasta la liberación. El monasterio de Crawley es una de las instituciones españolas de Inglaterra, porque es el polo de atracción de un grupo de familias hispano-británicas residentes en el condado de Sussex. Es en este monasterio en donde el P. Dunstan se ha convertido en uno de los más eruditos hispanófilos ingleses.

Es, pues, naturalísimo que una revista barcelonesa publique el retrato del P. Dunstan Dubbins y que sea presentado al público a bordo de su acorazado, el «Renown», que tantas batallas ha librado en los siete mares.

Hecha la presentación, adquirirá particular interés saber que el padre Dunstan es popularísimo entre los marineros de la Flota británica. Ha sido citado varias veces a la orden del día de la Marina Real por su abnegación en los momentos de mayor peligro, especialmente con motivo de la batalla de Creta. El P. Dunstan quedó hasta los últimos momentos en la playa con sus heridos, administrando los sacramentos a los católicos y auxiliando a todos.

El contraste entre el hábito franciscano y el aspecto terrorífico del famoso acorazado — aspecto que no es obtenido con trucos decorativos, sino que es el resultado de un funcionalismo estricto — no disgustaría al Santo de Asís. Si tanta simpatía le merecían las ciudades, mayor habría sido la que le inspirarían las ciudades flotantes. Para amarlas tiernamente le habría bastado saber que en ellas todo es de todos y que todos están allí por obediencia; que circulan libres por la superficie de su hermana la mar, al beso de su hermano el sol. Y a los cañones, ¿cómo les habría tratado San Francisco? Si el lobo de Gubbio, lobo homicida entre todos, pudo ser considerado el «hermano lobo», seguramente tendríamos ahora el hermano cañón y la hermana pólvora. Los contemplaría como un azote permitido por Dios, como una especie de hermano rayo y de hermano trueno, como lobos de bronce, menos culpables todavía que los lobos de carne y hueso, y rogaría incesantemente para que fuera aplacado el furor de sus fauces.

San Francisco de Asís ya lo sabe que el P. Dunstan es la luz del

EL MUNDO Y LA POLITICA

POR ROMANO

Evangelio en el acorazado «Renown». Es él quien le ha enviado a la fortaleza flotante como un día enviara a sus discípulos a las ciudades en guerra. Su misión es predicar el amor, evitar que el contagio del odio prenda en los corazones de los marineros. Porque se puede tener el corazón muy puro y disparar muchos cañonazos, cañonazos como truenos de Juicio Final. Su otra mi-

bo en otoño de 1942, en la coincidencia de tres grandes hechos históricos: la contraofensiva rusa en Stalingrado, la batalla de El Alamein y el desembarco anglosajón en África. Desde entonces, en todos los frentes, la iniciativa ha estado en manos de los aliados.

El año de 1943 ha presidido la retirada alemana desde Stalingrado y desde la cumbre de El Elbruz

está demostrando la campaña en la península. No tiene, además, nada de probable que el asalto definitivo contra Alemania proceda de Italia.

1943 ha otorgado también a los aliados la supremacía en el mar y en los aires. Los estragos de la guerra submarina han pasado a la historia. Imponentes convoyes aliados surcan los mares con pérdidas no superiores — dicen los anglosajones — al uno por ciento. Lo más impresionante es que los astilleros norteamericanos construyen en serie y con rapidez hasta ahora ni siquiera imaginable buques de siete y diez mil toneladas. Al terminar la guerra, los Estados Unidos dispondrán de una flota mercante monstruosa, lo cual, si ha de permitir el rápido socorro de nuestra pobre Europa famélica y devastada, no dejará de tener el inconveniente de colocar en una sola mano el comercio mundial de transporte, problema que preocupa ya a Inglaterra. En la balanza de los armamentos aéreos, el trastorno no ha sido menos radical en 1943. En Europa, Asia y África, y en el Pacífico, las flotas aéreas anglosajonas han pasado a la ofensiva. Y esas grandes ofensivas aéreas no impiden el envío de material a Rusia y China. Ese alarde de la industria norteamericana en la construcción de buques, aviones y demás material de guerra ha causado la admiración del Mundo, y es una de las notas más destacadas del año, porque sin el esfuerzo de las fábricas y astilleros norteamericanos no había ofensiva posible. Durante largos años, Europa fingió no darse por enterada de la superioridad de la industria norteamericana. Incluso durante los dos primeros años de la presente guerra, Alemania llegó a formarse la ilusión de que la industria por ella controlada superaba a la de los Estados Unidos e Inglaterra juntos. Así lo manifestó Hitler en un discurso inolvidable. Muy otra ha sido la realidad: la industria norteamericana está presente en todos los campos de batalla y su superioridad es cada día más absoluta. Es ésta la gran reve-



El padre Dunstan, hablando con unos marineros

sión es despachar pasaportes para el Cielo. A los soldados heridos a la sombra de la bandera británica, bandera que es el resultado de un felicísimo enlace entre la cruz del apóstol San Andrés y la del caballero San Jorge, el P. Dunstan, providencia de amor franciscano, les asiste y conforta, apaga la sed de sus labios con el Viático y estampa en las pupilas de los moribundos la imagen del Crucificado.

Que la guerra le sea leve al misionero franciscano. Su hábito, familiar entre la Flota, ni por un momento ha sido considerado anacrónico, sino muy actual, como el amor franciscano. Las conquistas del padre Dunstan entre los heridos de muerte ningún poder humano podrá ya discutirlos.

La guerra en 1943

Al terminar el año 1943, la perspectiva del tiempo permite afirmar que la guerra cambió de rum-

hasta las bocas del Dnieper. En África, la flecha ofensiva que partió de El Alamein pasó por el golfo de la Gran Sirte, atravesó Trípoli, siguió infatigable hasta Túnez y, saltando el mar, plantóse en Sicilia. Al caer Palermo capitulaba el Gran Consejo Fascista y Mussolini era secuestrado. El día 3 de septiembre, cuarto aniversario de la entrada de Inglaterra en la guerra, la flecha volaba sobre el Canal de Mesina. Al terminar el año, esta flecha se halla ante la llanura del Lacio y anuncia su marcha sobre Roma.

Diez meses invirtieron los ingleses en recorrer el enorme trayecto El Alamein-Canal de Sicilia. Ante tan brillante resultado, no falta quien, con un mapa a la vista, considere que el trayecto desde El Alamein al Canal de Sicilia es mucho más largo que el que va desde Sicilia a Berlín. Es preferible no entregarse a especulaciones de esta índole. El camino de Berlín por Italia es mucho más difícil, como lo



Un submarino alemán en alta mar

lación de esta guerra, y la política del Mundo futuro girará fatalmente alrededor de este hecho capital. Antes de la guerra se afirmaba que la industria del Japón, país de un nivel de vida bajísimo, estaba destinada a arruinar a todo el mundo. Por el momento, la experiencia demuestra que los Estados Unidos, el país de más alto nivel de vida del mundo, el que mejor paga a sus obreros, puede competir en calidad y cantidad con cualquier adversario. Es esa superioridad de la industria norteamericana lo que ha conferido a los anglosajones el dominio del aire, lo que les permite, impunemente hasta ahora, hacer incursiones por el cielo de Alemania, confirmando la frase norteamericana según la cual Europa es un país amurallado, pero sin techo. El primer objetivo de las escuadras aéreas anglosajonas ha sido primeramente la industria europea. Industrialmente, Francia, Italia, Bélgica y Holanda han quedado fuera de combate. La Alemania occidental es metódicamente arrasada. La presencia de una gran industria en una ciudad determina su devastación.

Esta sistemática destrucción de las sesenta principales ciudades alemanas es, seguramente, la mayor calamidad que haya sufrido una nación en el curso de la Historia. Las

magníficas ciudades del oeste de Alemania, una de las regiones más civilizadas de Europa, son hoy montones de ruinas. Algunas han casi desaparecido para convertirse en vastos cementerios, por los que sólo circulan fantasmas. Sus grandes monumentos románicos, góticos y barrocos han sido pulverizados. La implacable labor de «coventricización» llega hasta Berlín, que, según los alemanes, es la ciudad mártir por excelencia. Si la guerra llega al otoño próximo con igual ritmo que en la actualidad, habrán sido arrancadas de cuajo las sesenta principales ciudades alemanas. Una acción de represalia contra Inglaterra podría determinar la hora de una inmensa hecatombe. Entretanto, innumerables familias han quedado sin hogar, sin taller y sin el confort espiritual y material de unas ciudades que eran verdaderos focos de civilización, hacían amable la vida y daban a las costumbres alemanas un sello inconfundible.

La rendición de Italia y el cambio de frente realizado por la Corona ha sido el acontecimiento político más espectacular del año, aunque su repercusión en el frente moral germánico ha sido nula. El tema italiano ha sido la comidilla del año. La fama de su maquiavelismo político, hasta ahora tradicional, se habrá convertido en una pintoresca leyenda. El país, hoy azotado por la guerra y las luchas civiles, se había forjado la ingenua ilusión de arbitrar la suerte del mundo después de disparar cuatro tiros en la frontera francesa durante algunas semanas.

El año ha sido pródigo en conferencias internacionales en Casablanca, Washington, Moscú, El Cairo y Teherán. El presidente Roosevelt se ha desplazado para asistir a las de Casablanca y Teherán. Por fin, después de un forcejeo que empezó en Casablanca, se ha logrado que Stalin se desplazara y se reuniera con el presidente Roosevelt y con Mr. Churchill en la capital persa. A la reunión de El Cairo asistió el mariscal Chang-Kai-Chek. Mr. Churchill pescó una pulmonía en Casablanca y otra en El Cairo o en Teherán, lo cual indica que el clima benigno de los países del mediodía puede ser más traidor que la niebla londinense. El tiempo nos ha informado sobre el alcance militar de las primeras conferencias. Respecto al alcance político de esta serie de reuniones, los comunicados oficiales no permiten imaginar la

estructura de la futura Europa ni los límites de las ambiciones de Rusia.

En el Pacífico, los norteamericanos han tomado la ofensiva. El rescate de islas ha empezado. Todas las Aleutianas vuelven a estar en poder de los Estados Unidos. Pero la operación más interesante ha sido la de proteger el acceso a Australia por el nordeste. La maniobra de saltar de isla en isla se ha realizado con éxito, pero a costa de grandes sacrificios, en algunos casos. Lo grave es que de esas islas microscópicas hay centenares en aquel mar inmenso, y que muchas de ellas son verdaderos acorazados, fortalezas capaces de defenderse energicamente. Y que hay también islas de gran tamaño, grandes como naciones, con montañas altísimas y selvas impenetrables. Por si la tarea no fuera ya bastante complicada, los japoneses continúan dueños de una gran parte del Continente asiático, disponen de Birmania, de toda la península de Malaca, Siam y la Indochina. Y Chang-Kai-Chek sigue incomunicado.

Durísimo ha sido ese 1943. Pero 1944, a juzgar por los programas, puede ser un año infernal. Quiera Dios que sea el último año de guerra y que la paz no se convierta en una marcha fúnebre.



CASA FUNDADA EN 1870

GONZALO COMELLA

Cardenal Casañas, 10
Teléf. 18722

Paseo de Gracia, 6
Teléf. 14220

BARCELONA

GENEROS DE PUNTO

en todas sus especialidades
y exclusivas

El conflicto mundial

La clarividencia de Talleyrand

ESTÁ leyendo otro libro sobre Talleyrand?

—Sí, el que ha publicado hace poco el conde de Saint Aulaire, diplomático de carrera, llamado a comprender más que otros al colaborador y enemigo de Napoleón.

—¿Tiene usted buena opinión del personaje?

—En el terreno moral, pésimo. Napoleón decía de él, y con razón, que era un pedazo de... miseria en una media de seda. Ahora, como inteligencia clara y casi infalible, era extraordinario.

—Por lo visto preveía desde el primer momento la caída más o menos lejana del Emperador.

—En efecto; no creo, sin embargo, que se haya necesitado un genio excepcional para preverla. Cuando le elogio, no me refiero a su profecía, sino a la maniobra genial que desarrolló en la Conferencia de Viena. El representante de la Francia vencida logró situarse entre las grandes Potencias vencedoras, desunirlas y asegurar para su país un puesto de los más honrosos.

—Y aquí soy yo quien no ve nada fenomenal en la maniobra. Talleyrand supo servirse del lema de los aliados: «legitimidad», y explotarlo para sus propios fines de francés. «Noblesse oblige»; los vencedores estaban cogidos por sus declaraciones anteriores, como un siglo después otros vencedores por sus frases democráticas. Puesto que se invocaba la legitimidad, había que ser justo con los Borbones, y también con el Rey de Sajonia, a pesar de que haya sido aliado de Bonaparte.

—Tiene usted razón, pero sólo a medias. El principio estaba al alcance de todo el mundo, pero con ello no suele bastar. El éxito de la maniobra ya es obra personal del delegado de Francia,

de su inteligencia excepcional, de su don de gentes, de sus conocimientos de la psicología y... los vicios de los seres humanos. Ahora bien, con el principio de legitimidad evitó que el Rey de Sajonia quedase despojado de sus territorios, pero, al mismo tiempo, per-



Talleyrand

mitió que Prusia se estableciera en el Rin, en la vecindad de Francia. Las mejores acciones tienen su sombra.

—Bueno; volvamos, pues, a la clarividencia del personaje. Dice usted que no tiene nada de particular que haya previsto la caída de Bonaparte.

—Lo digo y lo sostengo. Bonaparte alcanzó numerosas victorias, pero siempre sobre los aliados o presuntos alia-

dos de la Gran Bretaña, mas nunca sobre la cabeza de la coalición enemiga.

—Olvida usted sus triunfos terrestres sobre tropas inglesas, que más de una vez las obligaban a reembarcar, como los soldados del general Moore en La Coruña.

—No lo olvido, pero usted mismo dice «triunfos terrestres». Ya sabrá que éstos no bastan cuando se trata de una gran Potencia esencialmente marítima como Inglaterra. Una victoria en Trafalgar hubiera sido más importante que todas las victorias desde Lisboa hasta Moscú. La gente que no sabe ver friamente los acontecimientos, la gente que se deja deslumbrar por el aspecto teatral de las cosas, admiraba al nuevo César invencible, olvidando que mientras queda por hacer algo, no se ha hecho nada. Es inútil escribir dos magníficos actos de un drama, si se sabe de antemano que nunca, de ningún modo, se podrá redactar el tercero.

—No estoy conforme, pues el dramaturgo que supiera hacer dos magníficos actos habría dado pruebas evidentes de su talento de gran escritor.

—Exacto; pero el drama no llegaría a estrenarse nunca. Sería, en todo caso, un gran dramaturgo malogrado.

—¿Y por qué considera usted tan evidente que Napoleón no hubiera podido coronar su obra, derrotando a la Gran Bretaña? Usted profetiza después de los sucesos.

—Claro, puesto que vivimos un siglo y cuarto después del Emperador. Pero ahora, no hablamos de mí, sino de Talleyrand. El fué profeta, puesto que toda su actuación estaba basada en la convicción de que su amo tenía que

caer, temprano o tarde, y yo, a pesar de su clarividencia, lo admiro menos que otros, pues estimo que la profecía resultaba demasiado fácil para tener mucho mérito.

—¿Quiere usted explicarse?

—¿Qué explicación necesita después de lo que acabo de decirle? En tiempos de Bonaparte no había sumergibles ni aviones, de modo que sólo se podía luchar contra los buques de guerra ingleses con otras unidades de superficie. Y puesto que por mar Inglaterra era más poderosa que Francia y sus posibles aliados, Napoleón no podía triunfar por mar. Y puesto que no podía triunfar por mar, sus victorias por tierra resultaban forzosamente efímeras, incompletas, sin resultado definitivo. Talleyrand lo sabía —no era difícil saberlo— y actuaba en consecuencia. Puesto que Napoleón no podía vencer a Inglaterra, era lógico, inevitable, que algún día sería derrotado por ella. El Imperio de Napoleón era una fortaleza sitiada.

—Sin embargo, no me negará que en Waterloo hubiera podido alcanzar la victoria. Si el general Grouchy...

—Ya sé lo que quiere decir. Si el general Grouchy hubiese llegado con los refuerzos hacia el anochecer. Ya conozco la tesis. Pues no. Napoleón hubiera podido conseguir una victoria, otra victoria, pero no la victoria definitiva. Si Grouchy hubiese salvado la situación tan comprometida, hubiera surgido otro Waterloo, unos meses o unos años después. ¿Quién pretende que las guerras napoleónicas debían terminar necesariamente en 1815? Inglaterra estaba dispuesta a continuar la lucha hasta la fecha que fuera. Y siempre hubiera encontrado aliados contra la hegemonía de Francia.

—¿De modo que...?

—De modo que la profecía de Talleyrand puede calificarse de perogrullo. Lo admiro por otras causas, mas no por haber previsto la caída del Corso.

ANDRÉS REVESZ

¿CUALES SERAN LOS FUTUROS PLANES DE OPERACIONES DE LOS ALIADOS?

LAS referencias oficiales de las conferencias de Moscú y Teherán, las conversaciones de El Cairo y los discursos y declaraciones de las principales figuras políticas y militares de las Naciones Unidas hablan de una manera concreta y terminante de proyectos de acción ofensiva y combinada contra Alemania, con el designio, nada menos, de buscar la decisión. ¿Cuál será el plan acordado?

Después de estudiar la situación general, después de leer tantas y tantas noticias informativas como tenemos a la vista y de meditar sobre ellas, vamos a permitarnos hacer algunas consideraciones sobre tan interesante tema, que pueden no ser exactas, pero que pudieran ser ciertas.

Actualmente la fortaleza europea se ve atacada por dos frentes: uno terrestre en el Este y otro aéreo en el Oeste. No mencionamos el frente de Italia porque lo consideramos de importancia secundaria, como complemento de la ocupación aliada de la orilla sur del Mediterráneo, para aproximar las bases aéreas al centro de Europa, para asegurar el control de este mar y para servir quizá de trampolín para otras empresas; es decir, en definitiva como preparación de la creación de otro u otros nuevos frentes aéreos y terrestres.

Examinando el mapa del Continente y haciendo abstracción de la costa Atlántica de Francia y de los Países Bajos, que suponemos de una gran potencia defensiva, observemos que los dos otros sectores que aun no han sufrido ataque aliado, o sea, el bloque balcánico y el conjunto Noruega-Dinamarca, son, desde luego, los más difíciles de abordar así como los más difíciles también de franquear en avión. En cambio, si el atacante abriese brecha en estos dos sectores, tendría ante sí las dos rutas más cómodas para llegar al corazón del Reich, por razón de la geografía y por razón de la política, por ser estos bloques de países extraños, y alguno de ellos enemigo de la propia Alemania. Además, si a la brecha abierta le fuera puesta una barrera, siempre habrían obtenido los anglo-americanos bases de inestimable valor decisivo para acabar de completar el cerco aéreo del Continente. Resulta pues, que según estos razonamientos, el Báltico occidental y el Mediterráneo oriental, vienen a ser los polos, por decirlo así, en donde ha de condensarse la atención del investigador de los futuros acontecimientos.

Dinamarca con sus costas bajas, con su hinterland llano, con sus numerosos terrenos de aterrizaje, es una puerta abierta sobre el vulnerable espacio germano del Báltico y sobre el centro de Alemania. Una operación combinada de anglo-americanos y rusos contra el Occidente y el Oriente de este mar, sería de importancia estimable para el curso de la guerra. Anglosajones y eslavos podrían darse la mano aislando Alemania de Noruega y de Finlandia; mientras que los rusos, por el norte de este país, podrían alcanzar también Noruega.

Los Balcanes pueden ser atacados por tres sitios. Por el Oeste atravesando el Adriático. Por el Este, en donde los rusos están separados de Rumania por el río Bug y el Dnieper. Y por último, por el Sur, aunque esta vía es más dificultosa por estar interceptada por numerosas islas fuertemente ocupadas por los alemanes. También podría llegarse a los Balcanes a través del Mar Negro, pero para ello sería preciso primero eliminar la resistencia germana en Crimea, o que Turquía cambiara claramente su actitud pasiva. Naturalmente que también cabe admitir algunas de estas soluciones simultáneas.

Dejando ya el campo de la hipótesis, es indudable que, a punto de comenzar el año 1944, quinto de la guerra, la tensión es enorme y los beligerantes pugnan por encontrar la decisión.

La campaña en Italia, la aproximación rusa a Rumania, la insurrección de algunos medios yugoeslavos, la deriva turca, la afluencia constante de hombres y armas a Inglaterra, los acontecimientos en los países Escandinavos, y la concentración rusa que se acusa en la frontera septentrional de Finlandia, son hechos que referidos a los extremos del diámetro NO.-SE. de Europa pudieran señalar a estos como lugares de posible y sucesiva o simultánea acción aliada.

Tnte. Coronel: JOSÉ RUIZ-FORNELL



MONT-FERRANT

.... mi viejo amigo



MARQUÉS DEL MÉRITO

JEREZ DE LA FRONTERA

AGENCIA EN CATALUÑA:

ESTEVE Y AGUILÁ, S. L.

URGEL, 82. - Teléfono 36032. - BARCELONA

Australia, baluarte blanco

por JAIME RUIZ MANENT

Las operaciones bélicas que en los últimos tiempos se han desarrollado en la parte occidental del Pacífico, han demostrado, una vez más, la importancia inmensa que en el porvenir le está reservada a Australia.

Tomando al pie de la letra los propósitos anunciados por los dos bandos en lucha, si la victoria fuese para el Eje, no habría en Asia más que un solo poder: el nipónico. Y si la suerte fuese favorable a los Aliados, la China reinaría soberana. Tanto en uno como en otro caso, los blancos habrían terminado allí su misión.

Si las cosas llegasen a ese extremo, los blancos quedarían relegados por un lado a América; por el otro, a Europa, si no estuviese en sus manos el Novísimo Continente, que ofrece todavía a la raza blanca la posibilidad de crear en el Pacífico occidental un fuerte baluarte de la civilización europea.

A tal fin, los australianos, lo mismo que los ingleses y los norteamericanos, están de acuerdo en mantener en Australia la ley por la cual está prohibida la inmigración de individuos que no sean de raza europea. Ni chinos, ni japoneses, ni malayos, ni indios son admitidos. Pero, ¿a cuya guardia estará el baluarte? Este es un problema trascendental, que Londres, Washington y Canberra enfocan cada cual a su manera.

Inglaterra se considera guardiana natural de aquello que, al fin y al cabo, es posesión suya, por derecho de ocupación y de colonización; hijos de Inglaterra son los habitantes de Australia, después que los indígenas, en número reducidísimo, han sido relegados a regiones deshabitadas, como incapacitados para asimilar civilización alguna. Pero, aparte de todos esos derechos de los ingleses, los hechos han demostrado que la sola soberanía inglesa no basta a asegurar contra una invasión asiática el Continente, sobre todo en una guerra mundial como la presente, en que las fuerzas del Imperio tienen que estar forzosamente dispersas.

Poco faltó para que las fuerzas nipónicas, con el empuje inicial y deshechas las primeras escuadras anglosajonas, pusiesen el pie en una Australia virtualmente desarmada, de donde a estas horas sería más difícil echarlas, de lo que resulta su expulsión de las vecinas islas.

Si entonces el peligro pudo ser conjurado, más se debió a la ayuda prestada por los Estados Unidos, que a la que llegó de la propia metrópoli. Fuerzas yanquis fueron enviadas a toda prisa a Australia, y allí se han quedado, y entonces se demostró que, tanto desde el punto de vista militar

como del económico, Norteamérica está mejor situada que Inglaterra para prestar a Australia, en todos los aspectos, la ayuda que para su defensa y su desenvolvimiento necesita.

Pero Canberra tiene su punto de vista propio, que no coincide ni con el de Londres, ni con el de Washington. Muchos años hace ya que es Dominio y no simple colonia, es decir, que goza de autonomía amplísima. Tiene su Gobierno propio, responsable ante su propio Parlamento, y todos los servicios son dirigidos desde la capital australiana, con exclusión casi completa de Londres. Canberra puede tener incluso sus enviados di-

Extraña que tan reducido número de habitantes pueda alcanzar una producción tan grande, pero la extrañeza crece al considerar el reducido número de australianos que se dedican a la Agricultura. Casi la mitad de los habitantes de Australia viven en las seis grandes ciudades: Sydney (1.411.000 habitantes), Melbourne (992.000), Adelaida (313.000), Brisbane (301.000), Perth (208.000) y Newcastle (105.000). En otras ciudades menores viven 200.000 más. Y, como correspondiendo a una distribución semejante de la población, están empleados en la industria y la minería el 35 por 100 de los traba-



Las pesadas carretas repletas de lana son arrastradas por largas retahilas de buyes

plomáticos en las naciones extranjeras, y en la presente guerra ha usado de este privilegio, nombrando un representante en Washington, que trata directamente los asuntos con el Presidente norteamericano.

Con esta tradición de autonomía y las lecciones recibidas desde que estalló la guerra con el Japón, nada tiene de particular que los australianos estén desarrollando sus planes para proveer en todo y por todo a sus propias necesidades, desde la defensa a la navegación, y a la autarquía industrial. Australia está convencida de que, frente a los avances asiáticos, hace falta en aquellos mares una Potencia blanca suficientemente fuerte, y, sin renunciar por ahora a los lazos con la metrópoli, pretende que esa Potencia sea ella misma.

La pretensión escandaliza por igual a ingleses y norteamericanos. ¿Qué va a hacer ese inmenso país, casi tan grande como Europa, con sus siete millones escasos de habitantes? Pero la pretensión australiana, si bien traduce un exceso de optimismo, no es tan descabellada como parece a primera vista, si tenemos en cuenta cómo parece multiplicarse un número reducido de habitantes, cuando dispone de recursos suficientes. No es sólo el caso de Australia. Miremos también al Canadá, donde sólo diez millones de almas dan tanto que hablar. Del Canadá salen soldados para distinguirse en todos los frentes, y salen buques y aeroplanos, y material de guerra y viveres en cantidades fantásticas.

En Australia se multiplican los esfuerzos en todos sentidos. En el orden económico obró ya prodigios antes de la guerra. No solamente atendía en todo y por todo al sustento de su propia población, sino que exportaba hacia tres millones de toneladas de trigo, es decir, una quinta parte de las exportaciones de trigo de todo el mundo. En la exportación de azúcar ocupaba el cuarto lugar, tras las Indias holandesas, Cuba y Puerto Rico. En la exportación de huevos ocupaba el quinto puesto. La mantequilla se producía en cantidades tan colosales, que a pesar del enorme consumo que de ella se hace en el país, sólo dos naciones la aventajaban en la exportación de tan rico producto. El exceso de frutas dio lugar al montaje de grandes fábricas de conservas. Pero, sobre todo, era Australia la proveedora universal de carne de carnero y lana, pues nada menos que 120 millones de cabezas de ganado lanar pacen en los prados australianos.

jadores, en el comercio el 28 por 100, y en el campo tan sólo el 22 por 100. De qué manera sólo millón y medio de australianos pueden desarrollar una actividad agraria como la que hemos visto; prodigio que se explica por el grado elevadísimo que en aquel país ha alcanzado la racionalización del trabajo y la aplicación de la más moderna maquinaria.

Nada de extraño tiene que, con esos precedentes, al llegar la hora de la guerra, Australia haya podido obrar verdaderos portentos, el mayor de los cuales ha sido, tal vez, la unión de las regiones despobladas del Norte, amenazadas por la invasión japonesa, con las regiones pobladas del Sur. En tiempo relativamente breve se ha construido una carretera que recorre los 3.000 kilómetros de tierra poco menos que desierta. Adelaida está ahora unida con Port Darwin.

Sin embargo, no puede negarse que Australia tiene una población excesivamente escasa para defenderse con sus solas fuerzas contra un enemigo tan poderoso como el Japón, que necesita además del territorio australiano para llevar allí el sobrante de su población. No en vano declaraba recientemente Menzies, el ex primer ministro australiano, que si en el término de diez años Australia no ve doblada su población, es un país perdido.

Pocas perspectivas hay, desde luego, de que esto ocurra por sólo el crecimiento de la población actual, y esto por dos razones: porque ni el país más prolífico del mundo es capaz de conseguir un resultado semejante, y porque los australianos están muy lejos de haberse demostrado como un pueblo prolífico, de suerte que, mientras sus temidos enemigos los japoneses acusan una natalidad que excede los 30 nacimientos por mil habitantes, los australianos apenas si llegan a la mitad de esa cifra.

Por más que en este aspecto mejore la situación, y es mucho suponer que pueda mejorar tan de repente, toda esperanza está puesta en la inmigración, que los australianos creen que va a ser un éxito. Mr. Evatt cree vería subir nada menos que a 25 millones de almas. ¿Dónde los encontrará?

No costaría mucho, tal vez, de reunirlos, si se diese entrada libre a los pueblos asiáticos; pero, como dijimos antes, las leyes prohíben la inmigración a esos pueblos, y no existe ni el menor propósito de variarlas. Es más, los australianos, no sólo quisieran que fuesen europeos los inmigrantes, sino que hablasen inglés, es

decir, que viniesen de la madre patria.

Las esperanzas de los australianos no les han hecho mucha gracia a los ingleses de «Old England», pues esa emigración en masa sólo puede originarse a consecuencia de una intensa crisis económica en Inglaterra, ya que los ingleses, por tradición, asocian siempre la idea de emigración con la de crisis de trabajo, pobreza y hambre.

En este punto, las opiniones, no sólo entre ingleses y australianos, sino entre ingleses y pobladores de todos los Dominios en general, no están de acuerdo. En Inglaterra son muchos los que esperan ver doblada la actividad industrial como consecuencia de su victoria. En los Dominios recuerdan que la consecuencia de la victoria anterior fue para la metrópoli una terrible crisis que duró largos años y que llegó a tener parados a tres millones de ingleses. Entonces la situación fue en parte resuelta por el régimen de los subsidios, pero esta vez, ¿no quedará Inglaterra demasiado arruinada para pagarlos?

No es que ni Australia ni los de-

es un punto interesante del problema que plantea la victoria de una de las dos Potencias: el Japón o la China, en los territorios del Extremo Oriente, que los blancos estaban acostumbrados a considerar como feudo suyo.

Pero, en el caso de una victoria China, ¿no sería en realidad una victoria europea, o mejor dicho «blanca», distorsionada de tal forma que los «amarillos» quedasen contentos y engañados? Aun en este caso, y tal vez con mayor razón, para mantener la política «blanca», el poder de la nación australiana es condición necesaria. Australia, o será colonia japonesa, o será gran Potencia europea fuera de Europa.

Feliz y próspero
Año Nuevo

le desea



Cine Cervantes

Triana
Delicias
Rovira

Siempre con
las máximas
Producciones
Españolas

M. Roig Solsona, S. L.

PELAYO, 52. TEL. 13297

BARCELONA

CONFITERIA - PASTERIA

FIAMBRES Y COMESTIBLES FINOS

ESCUELA DE ARTE

SAINZ DE LA MAZA

DIBUJO-PINTURA

Puerta del Angel, 23, 4.º

TAMATINA

Industrias Riera-Marsá



REYES
PARA TODA CLASE DE
JUGUETES
EL SIGLO

CHAMPAN
MIRO



Despacho en Barcelona:

ENRIQUE GRANADOS, 5

Teléfono 11606

Cavas en S. Sadurn de Noya

Teléfono 71

JUAN MIRO

Géneros
de Punto



Igualada

desean a todos sus
favorecedores un
feliz y próspero
Año Nuevo

Historia aproximada de las tarjetas de visita

SABER el origen de las tarjetas de visita y quien las inventó, no resulta un asunto tan trivial e intrascendente como a primera intención parece. La cosa tiene su historia, su desarrollo, sus facetas diversas, sus galanías y, para aludir las próximas solemnidades pascales y de mudada de año, añadiremos que ofrece también su actualidad.

LA TARJETA TROGLÓDITA

Razones hay para creer que las tarjetas de visita son tan viejas como el mundo. Su origen debe remontar a la noche de los tiempos si consideramos que la pequeña cartulina impresa con nuestro nombre, señas y teléfono, encierra en sí una vaga forma de la pasión que inquieta al ser humano desde las primitivas edades y que consiste en dejar trazas de su pasaje sobre la Tierra en vistas a la posteridad. La más bella expresión de esta inquietud es el arte. Y la más modesta manifestación de aquella es, sin duda alguna, la tarjeta de visita encargada por centenares en casa del impresor.

Excluyendo toda ironía, hay un dato cuya autenticidad es irrefutable: en las cavernas ha-



Tarjeta del año 1770

bitadas por el hombre prehistórico se encontraron losas o piedras, más o menos voluminosas, con dibujos grabados con sílex, en los que aparecían reproducidas efigies humanas. Ningún argumento puede oponerse a la afirmación de que esas fueron las primeras tarjetas de visita que se utilizaron en el mundo.

Imaginamos, por deducción, que la piedra llaña dejada en el umbral de acceso a un Cro-Magnon por un troglodita caminante cuando llegaba a la caverna y encontraba a los amigos de vacaciones, era de mayor o menor tamaño según la categoría del personaje visitante. Naturalmente que tamaños tarjetas no podían llevarse en un billetero, y es de suponer que se escogían y dibujaban ante la morada misma del visitado.

En Mesopotamia, en las ruinas de Babilonia y de Ninive, en Egipto, extrajéronse planchas de arcilla en las que aparecían jeroglíficos cuya transcripción resultaba ser, aproximadamente, lo que sigue: «Yo, fulanita de

tal, he venido a ofrecer los tributos de la amistad».

LA DE LOS ROMANOS

La institución de la costumbre de distribuir tarjetas de visita para felicitar el Año Nuevo, ha de atribuirse a los romanos. El primero de año era para ellos la fiesta del dios Jano. En tal solemnidad, los potentados se trasladaban con grandísima pompa a casa de las amistades más distinguidas, precedidos por

un cortejo de esclavos provistos de ramajes de laurel y de tochos de arcilla cocida, sobre cuya superficie llana habíanse inscrito los votos de felicidad para el porvenir próximo.

LA PRIMERA DECIMA DEL SERENO

No se recuerdan tarjetones de visita en la Edad Media, en ninguna de las formas prece-



dentos: losas, adoquines, ladrillos, etc. Pero aparece ya, por primera vez en la historia, una especie primitiva de la celebradísima «décima del sereno» bajo el aspecto de un verdadero o de un grueso pergamino en el cual, en días tan señalados como el primero de año y la fiesta del santo patrón de una corporación profesional, los compañeros de labor marcaban sus nombres o distintivos y la ofrecían colectivamente a su amo, señor o capitán.

EL TARJETON Y LOS BLASONES

El empleo de la tarjeta de visita individual nos vino de Italia. Los nobles, compañeros de armas de Francisco I de Francia, introdujeron su uso en el país vecino. Es de esa misma época, bajo el reinado de Carlos I, que data su introducción en España. En aquel momento aparecen ya las tarjetas bajo la forma de car-



Tarjeta de una aristócrata del siglo XVIII

tulina de lujo, en la que se gravan el escudo y la divisa de su emplumado propietario

LA CARTULINA LITERARIA

En el siglo XVIII, el empleo de las tarjetas conoció, en Europa, un auge insospechado, al influjo de la Corte versallesca, cuyas galanías eran imitadas por doquier.



Tarjeta veneciana del siglo XVII para uso de un militar

Para ser recibido en un salón con aquel mínimo de expectación a que aspiran los caballeros destacados, era ineludible hacerse anunciar con la debida antelación por una tarjetaza del tamaño de un sobre de oficio, conteniendo un cuarteto ingenioso, un soneto delicado o un poema entero manuscrito y dedicado a la persona invitada o a la dama de la señorial morada. Esa fué la faceta literaria y lírica en la historia de las tarjetas de visita. La innovación tenía su fundamento: por lo escrito en la cartulina de visita discerníase el grado de cultura y distinción del invitado. Algo parecido a los discursos de recepción académica.

Otro aspecto del asunto era el del lujo ornamental de la cartulina, el cual ilustraba sobre la riqueza, el buen gusto y hasta el poderío de su donante.

En el anecdotario de las frivolidades de la época versallesca se recuerda la tarjeta de vi-



Modelo de tarjeta profesional del siglo XVIII

sita que la orgullosa coqueta e intrigante Madame de Longueville, hermana del Gran Condé, usaba para sus visitas solemnes. La cartulina llevaba como ornamento una orla con incrustaciones de pequeños brillantes auténticos. El Regente de Luis XV, Felipe de Orleans, imitó el sistema. También sus tarjetas fueron célebres por su valioso ornamento de incrustaciones preciosas, dedicadas, en su gran parte, si hemos de atenarnos a las crónicas de la época, a las bellas damitas palatinas.

Esa fué, pues, la época de las tarjetas más costosas que se han conocido. Ignoramos si tales cartulinas especificaban discretamente: «Se suplica la devolución al titular...».

EL ANGULO DOBLADO

La costumbre de doblar un ángulo de las tarjetas cuando, al llegar a la casa de un amigo, nos recibe la doncella, manifestándonos que aquél se halla ausente, con cuya manipulación queremos indicar el fastidio ocasionado al habernos desplazado personalmente a pedir por él y nuestra resolución de no reincidir en la molestia, nos llegó también de Francia. Esa fué una invención debida al árbitro de las elegancias, familiar de Napoleón III y de nuestra Eugenia de Montijo, el noble y galante caballero Duque de Morny.

LA TARJETA BURGUESA

Luego, a medida que la burguesía tomaba importancia política y social, el uso de la tarjeta tomó el sesgo democrático y prosaico que le conocemos en nuestros días. Ni incrustaciones de bisutería fina, ni sonetos de agudeza espiritual. El lujo iba a consistir en la calidad de la impresión y de la cartulina.

Hoy, todos tenemos nuestra tarjeta de vi-

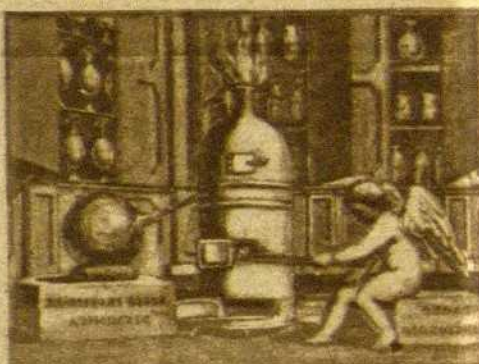


El dibujo que ilustra esta tarjeta no deja lugar a duda sobre la condición militar de su dueño

sita, incluso los que no visitan nunca a nadie, y olvidan, por principios, sistema o comodidad, el santoral, los cumpleaños, las bodas de plata y los relevos de año.

La tarjeta, al prodigarse desmesuradamente, produjo sus pequeños y grandes dramas. Un intercambio de tarjetas a consecuencia de un incidente verbal entre caballeros bien educados, ha ocasionado la circunstancia irreparable que conduce a la moviización de los amigos íntimos en función de padrinos, a la elección de armas y al duelo reglamentario en un parque o una huerta.

Una tarjeta olvidada en el más resguardado rincón de una cartera de bolsillo puede conmocionar el apacible bienestar de toda una familia. Más de un divorcio virulento se debe al hallazgo de una cartulina indiscreta. Y en más de una ocasión el agrimiento súbito del humor de un cabeza de familia tenía su origen en la inesperada recepción en el hogar doméstico del tarjetón comercial de la modista, que notificaba la consabida «vuelta de



Un profesor de Química se hacía grabar esta alegoría en sus tarjetas de visita

Paris» inherente a todos los principios de temporada y que resultaba ser como el anuncio de una fatal y periódica dispersión de los ahorros trimestrales entre los floripondios vestimentarios de la moda femenina. Grandes efectos de pequeñas causas que inspiran tarjetas redactadas con una sinceridad digna del mejor encomio, como la siguiente:

ARTURO ESTERUELAS

Víctima de la fatalidad
(casado)

Son numerosos los conciudadanos que aprovechan la tarjeta de visita propia para hacer gala de humorismo jocoso o de originalidad. Existe también la tarjeta vanidosa de la persona que enumera en la cartulina todas sus actividades, los cargos privados que ostenta

FELIZ Y PROSPERO AÑO NUEVO LE DESEAN

Niños

Entregad vuestra carta
a nuestros

REYES MAGOS

en Galerías Maldá

COMERCIAL ANÓNIMA

Castell
de Ribes

Aviñó, 37 - Teléfono 14319

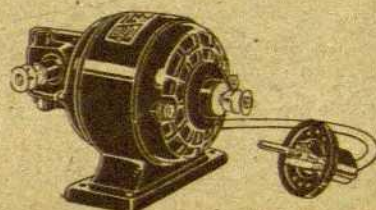
paños

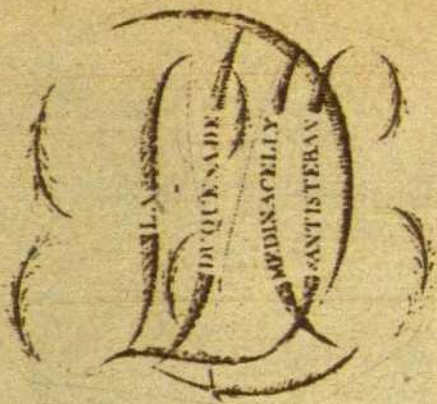
R. JULIA

Pelayo, 62
Teléf. 17092
Barcelona

Talleres

Numar

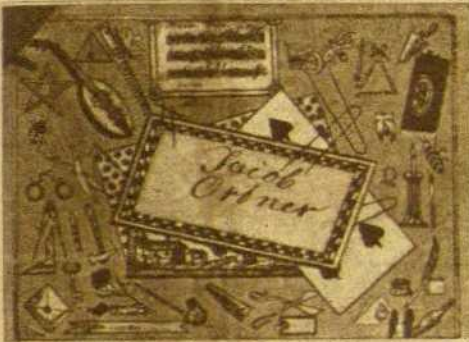




Tarjeta de final de la época romántica

y los minúsculos títulos de identificación personal, en cuyos redactados no falta más que la aseveración de «subscriber de «La Vanguardia» para ser completos.

No son, sin embargo, las tarjetas mejor provistas de texto las embajadoras más elocuentes y explícitas. Hay nombres que bastan con la exposición de su solo apellido. Una anécdota puede ilustrar esta afirmación. En 1822, Chateaubriand, nombrado en Francia ministro de Relaciones Exteriores, tuvo



A la vista de esta complicada cartulina, las amistades del señor Ortner podrían formar cabal idea de sus aficiones y de su carácter

necesidad de tarjetas de visita. Su secretario encargóse de la redacción, y la compuso así:

EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND
Par de Francia
Ministro de Asuntos Exteriores
Miembro de la Academia Francesa

El modelo no agradó al ministro, quien, mostrándose disconforme, rasgó la cartulina, tomó un papel, escribió un nombre y lo entregó al secretario. El papel decía escuetamente:

CHATEAUBRIAND

Y el ministro añadió de viva voz:
—Con un apellido como este, huelga todo lo demás.

Para parodiar el concepto efectista de la tarjeta de visita, nuestro «Peius» Gener, cuando su primera salida hacia la capital de Francia, se hizo imprimir las suyas bajo otra fórmula que también lo compendia todo:

POMPEYO GENER
Savant Catalan

Es esa una de las tarjetas más curiosas que se conocen en los archivos de los coleccionistas del género. Que también los hay.

J. E. VILARO

BLOQUE CALENDARIO COMERCIAL



1944

EL PREFERIDO DE LAS PERSONAS CULTAS

Inserta anécdotas políticas, literarias, científicas, etc., y, además, una cuidada selección de Curiosidades, Humor, Poemas, Pasatiempos, etc.

Cada domingo una amena sección folklórica de Tradiciones y Costumbres, ilustrada con litografías de Penagos.

EDITADO POR M. G. B. SIRVEN, S.A.E.
Av. J. Antonio, 754. - Tel. 50883
Barcelona

EL SANTO GRIAL Y SAN PEDRO DE RODAS

por ANTONIO BOSCH UCELAY

A la memoria de Francisco Viñas

TRANSCURRIDOS los treinta años durante los cuales no se consintió la representación de la ópera «Parsifal» fuera de Alemania, a las diez y media en punto de la noche del 31 de diciembre de 1913, hora precisa en que expiraba el plazo fijado, nuestro Gran Teatro del Liceo tuvo el honor de presentarla, por primera vez en España, con carácter de magno acontecimiento. El interés que despertó la audición de aquel portentoso polifónico que creara el genio incommensurable de Wagner, no es para ser descrito; y desde entonces, apoyándose en que el ambiente de Monsalvat, evocado por el autor, tiene el aspecto

característico de las montañas de la España Visigoda, muchos han sido los que, en profusos artículos y conferencias, se han esforzado en recabar para sus comarcas y montañas el privilegio de los lugares, sagrados donde se realizó la divina leyenda. Valencia, Huesca y Barcelona van a la cabeza en este pleito. La primera lo sitúa en un templo cuyo nombre no recuerdo; Huesca lo reclama para San Juan de la Peña, y Barcelona pretende que sea Montserrat el sitio elegido por la Divina Gracia; pero nadie aporta razón alguna de peso ni remotamente verosímil en qué fundamentar sus pretensiones. Últimamente se proyectó en un cinematógrafo de esta capital una película informativa respecto a Montserrat; y el locutor, en bellas palabras y con un tono ampuloso y patético, se extendía en consideraciones sobre la posibilidad de que fuera nuestra montaña sagrada el lugar a que se refiere el Auto Sacramental wagneriano, criterio que, desde el estreno de Parsifal, han venido sosteniendo las sumidades floridas del wagnerismo barcelonés.

Sorprende, realmente, que se haya pensado en los citados lugares para situar el desarrollo de aquella leyenda, lugares que, aparte su disposición orográfica, no reúnen ninguna condición de las citadas por Wagner, y a nadie se le haya ocurrido otorgar la prerrogativa a una montaña del Pirineo ampuerdanés en que concurren, como luego veremos, todas las circunstancias y ejecutorias que existían en los dominios de los caballeros custodios del Santo Grial.

Según el gran músico poeta, en la leyenda que le sirvió de argumento se reseña que unos caballeros cenobitas trajeron de Roma, para que no fueran profanados por el invasor que amenazaba sus puertas, el Santo Copón con la sangre del Salvador, cuya custodia y veneración se impusieron; y en un punto de la vertiente meridional del Pirineo occidental, o sea del nordeste de España, fundaron un templo, donde se depositó la sagrada reliquia. Este templo se hallaba al pie de un castillo, cuyo nombre, en gloria del Salvador, era el de «Mons Salvator» (Monte Salvador), o «Mons Salvatoris» (Monte o montaña del Salvador); nombre que, en la romanza o aria de Loengrin, los cantantes italianos transforman, por contracción, en «Monsalvat»: *Da voi lontan, in sconosciuta terra, havi un castel, che ha nome Monsalvat*. En uno de los valles de la misma vertiente existía otro castillo, el de Klingsor, donde moraba un mago de igual nombre, malo por naturaleza y enemigo encarnizado de la comunidad de Monsalvat, quien, junto con la hermosa Kundry y su servicio y una corte de damiselas que hacían del palacio un Edén, pretendieron corromper al casto e inocente Parsifal, como lo habían hecho ya con el caballero Anfortas, jefe del castillo cenobita y de la Orden del Grial, cuya perdición se habían propuesto los de Klingsor. Pues bien: análogas circunstancias concurren, como he dicho, en la montaña del Pirineo ampuerdanés conocida con el nombre de San Salvador, selva frondosa en tiempos medievales, según atestiguan documentos antiguos y el eufónico nombre de dos pueblecitos del valle: Selva de Mar y Puerto de la Selva; y convertido en la actualidad en páramo inhospitalario por la incuria de quienes podían evitarlo y por los incendios que todos los años, con pretexto del pasto de cuatro cabras, provocan los pastores con toda impunidad.

Veamos el parangón en pocas palabras: Según Pujadas en «Crónica Universal de Cataluña» y Guiter y Fontseré en «Monestir de San Pere de Rodas», en el año 610, gobernando en Oriente el rey Focas y dirigida la Iglesia Católica por Bonifacio IV, ante la amenaza de invasión de Roma por los ejércitos de aquél, y con el temor de que el objeto de los asaltantes era apoderarse de las sagradas reliquias de San Pedro Apóstol y de la sangre del Salvador que recogiera José de Arimatea, el Pontífice convocó a concilio a señores, príncipes y prelados para pedirles consejo ante un caso de tanta gravedad; después de muchas deliberaciones, se acordó que dichas reliquias fueran trasladadas por hombres de confianza a lugar seguro y deposi-

tadas hasta que hubiera pasado el peligro; en solemne procesión se las condujo a una nave anclada en el Tiber; y luego, río abajo, fueron hasta el mar; gracias a un viento favorable y milagroso, navegaron hasta la costa norte de Cataluña y desembarcaron en el puerto de Armen-Rodes (Rosas). Después de corto descanso subieron por la montaña de Verdera (hoy San Salvador); y en lo alto, en una cueva que encontraron junto a una fuente, depositaron las reliquias y edificaron una ermita; y así quedó fundada la modesta comunidad que, andando el tiempo, había de ser el cenobio arrogante y señorial de San Pedro de Rodas. Un poco más arriba, en la cúspide de la montaña, y a guisa de protector del monasterio, se elevó un cas-



Ruinas del castillo de Carmansó

tillo, al que se dió el nombre de «San Salvador», seguramente en gloria del Salvador, cuya sangre se custodiaba en el sagrario de tal templo.

Tenemos, pues, que la historia y fundación de la comunidad es muy parecida, por no decir igual, a la del templo de los cenobitas-caballeros guardadores del Santo Grial. Y el nombre del castillo parece obedecer a la misma idea de glorificar al Salvador de la Humanidad. Pero no acaban aquí las sorprendentes analogías: en un valle próximo a la montaña de San Salvador, igualmente a lo que refiere la leyenda wagneriana, existe otro castillo, el de Carmansó, hoy en ruinas, en el que habitaba una hermosa y disoluta dama, que después de llevar una vida licenciosa y disipada, como la Kundry de Klingsor, anduvo asimismo vagando por el mundo, pobre y haraposa, comiendo pan y nueces, y en la añoranza del bien perdido se lamentaba, según un romance popular de la comarca, diciendo: «¡Ai!, si jo hagués sapigut — que'l pa i nous era tan bo — encara fora la dama — del castell de Carmansó». Ahora bien: el nombre de Carmansó podía ser el de Klingsor, que, con la fonética dialectal ampuerdanesa, como ocurre con muchas palabras terminadas en «r», hubiera perdido esta letra en la pronunciación y se convirtiera en Kringsó, y más tarde, al correr de los tiempos, por corrupción, se transformara en Carmansó. Este fenómeno filológico es frecuente: así, por ejemplo, el antiguo Capdequers es hoy día Cadaqués; Rodas, se ha transformado en Rosas; la antigua Camelaria es actualmente Camallera, y Cesaraugusta es Zaragoza. No es, por tanto, aventurado el aceptar la degeneración de la palabra Klingsor en Carmansó.

Finalmente, por si todo lo dicho no fuera bastante, en el llano de Castelló de Ampurias existían unos estanques o lagunas, de los cuales hay vestigios todavía, en los que se criaban aves acuáticas del orden de las palmípedas; sin grandes esfuerzos de imaginación, podría suponerse fueran las lagunas donde Parsifal mató al cisne suponiéndole un águila, por cuya mala acción le reprendió severamente el anciano Gurnemanz, quien, al ver a aquel joven tan candoroso y arrepentido al par que fuerte e impulsivo, tuvo, desde luego, el presentimiento de que fuera el adolescente predestinado a destruir el maleficio que por el pecado de Amfortas pesaba sobre los caballeros del Grial.

Se me dirá, tal vez, que todo esto es pura fantasía que no merece ser tenido en consideración; sin embargo, todas las leyendas se basan en algún hecho real que la Historia y la imaginación de los pueblos han poetizado a través del tiempo; es posible que no sea verdad tanta hermosura; pero sea ello lo que fuere, fábula, leyenda o historia, es el caso que ninguna de las comarcas donde se pretende localizar aquel hecho fantástico, particularmente Valencia y Barcelona, poseen las ejecutorias que ofrece San Salvador por su situación, sus castillos de la virtud y del vicio, su templo de orden romano imperial bizantinizado, según lo presentan en todos los mapas de Europa, cual si los escenógrafos se hubieran inspirado en la hermosa nave de San Pedro de Rodas; y, finalmente, por sus vecinas lagunas.

Por consiguiente, a todos los amantes del resurgimiento y restauración de las nobles ruinas de aquel monasterio, de que tanto se habla de un tiempo acá, debe interesar el que se añada a sus muchos títulos y abolengo el blasón magnífico del Santo Grial.

CALENDARIO SIN FECHAS

por JOSÉ PLÁ

UN AÑO MENOS. — Don Arcadio es un señor que, sin que pueda afirmarse que sea un pesimista, tiene una tendencia marcada hacia el pesimismo. Es un hombre rollizo, que rebosa salud, con una naturaleza insertada en el fondo vegetal de la vida, lento y deliberante en todo. Por disponer de una gran salud, no hace caso de ella; por tener en su mano algunos de los presuntos encantos de la vida, no se para en gozarlos y en apurarlos debidamente. Por todas partes ve sombras y quebraderos de cabeza. Hace caso de todas las profecías. No parece saber conformarse con la parte fugaz y quebradiza de la vida. Don Norberto es, en cambio, un hombre pobre, alegre y enfermo. Tiene un gabán raído, unos pantalones lacios sobre un estómago convexo, se toca con un sombrero mugriento y lacio. Sus zapatos tienen una gran fatiga. Su cara es terrosa y amarillenta, su barba trémula, sus ojos negros y vivisimos ponen en su mirada una tal curiosidad —y, por tanto, una tal bondad—, que a veces parecen cínicos. Su manera de vivir ha dado a Don Norberto una tal inseguridad y una tal ligereza en el oleaje de la existencia, que sus ilusiones, su ansia para aprehender lo que no tiene, es constante y perpetua.

Hemos llegado a la cola del año, y como siempre por estas fechas, Don Norberto ha ido a visitar a su amigo Don Arcadio en el espacioso y cómodo piso que este último posee en la derecha del Ensanche. Son viejos amigos, a pesar de ser incompatibles. Don Norberto saluda a todos, y especialmente a la señora de Don Arcadio, persona voluminosa y displicente, que está en el salón. Luego se sienta y lanza una afirmación obvia e irrisoria.

—Amigo Don Arcadio, hemos llegado a la cola del año sin dificultades mayores a las naturales de este tiempo — dice.

Don Arcadio, en lugar de contestar, pone una sonrisa de circunstancias, levanta un poco el dedo señalando a su señora, como si quisiera dar a entender que no está dispuesto a conversar de cosas serias ante su cónyuge. Don Norberto comprende rápidamente a su amigo. Le ha oído repetidas veces formular la idea de que la base del matrimonio bien entendido no es ni el dinero, ni los encantos físicos, ni los movimientos mecánicos. La base del matrimonio es la abnegación, la sensibilidad hospitalaria de la mujer. En vista de lo cual —dice siempre Don Arcadio— lo mejor es no marear excesivamente a las mujeres con discusiones, ideas generales y otras sublimidades por el estilo.

—Hace un tiempo brumoso y triste — dice Don Arcadio.

—Te diré. Ha mejorado bastante en las últimas horas — contesta el pobre Don Norberto.

—Bueno, Don Norberto —añade la señora—, con su permiso...

Bien cerrada la puerta del despacho, Don Arcadio examina la presencia de su amigo con un cierto aire entre burlón y compasivo, y luego le dice:

—Decías que hemos llegado a la cola del año... En efecto. Posiblemente, los años pueden ser de dos clases: años puentes y años resultados. Los primeros son, generalmente, buenos económicamente y malos desde el punto de vista de la tranquilidad de espíritu. Los años puentes crecen y viven a la intemperie, expuestos a todos los rigores de la Naturaleza y a los riesgos de las pasiones humanas. Los años resultados, en cambio, que suelen ser, desde el punto de vista económico, mediocres y corrientes, proyectan sobre el espíritu la paz y el sosiego. Son como confortables habitaciones, bien abrigadas, cómodas, apacibles. Yo no sé lo que piensas tú, pero mi idea es que el año de gracia de mil novecientos cuarenta y tres, que es el que acaba de morir, ha sido, característicamente, un año puente.

—No sé, no sé... Tu división de los años me parece un poco infantil. Objetivamente hablando, todos los años son puentes y nada más que puentes. Todos los años son, si no iguales ante la economía personal, bastante parecidos, más o menos. Los años no son más que fugaces expedientes dilatorios para aplazar la solución de la cuestión principal, que es la muerte. Cada año tenemos un año menos.

—Sin embargo, cuando llegan estos días, la gente dice que tiene un año más.

—Ilusiones que se hace la gente. Los años pasan, se van. Esto es lo esencial. Para unos, este transcurso se desarrolla felizmente. Para otros, pedregosamente. Luego viene otro año y los papeles se invierten. Todo es oscuro e indescernible. Tan infantil como tu división de los años es, para la gente que las vive, aquella clasificación de épocas de transición y épocas cristalizadas. Estas divisiones las formulan los profesores y los intelectuales «a posteriori», cuando las cosas se ven por detrás, siendo estos trabajos una manera como otra de hacer hervir el puchero. Más razón tenía Chesterton cuando decía que, desde Adán y Eva, la Humanidad vive en una época de transición permanente. Esta es una frase del Chesterton católico, porque implica poner el problema del pecado original. Desde que se produjo este famoso pecado y nuestros primeros padres fueron echados del Paraíso, la Humanidad va dando tumbos y el carro está casi siempre en el pedregal. La tranquilidad pasa muy alta y es prácticamente inasequible. Insensato será el que no lo comprenda.

—Si todo estuviera bien enroscado... — dice Don Arcadio utilizando un símil de fabricante.

—Cuando todo estuviera bien enroscado, la muesa se rompería, vete a saber por qué.

—Entonces hay que vivir como los pájaros...

—Los pájaros viven poco, pero yo supongo que viven como les parece a ellos, es decir, como pueden. En cambio tú me propones una cierta hinchazón pedantesca y que me haga la ilusión diabólica de que hay algo en el mundo que depende de mí. Nada depende de mí, ni yo mismo.

—Eres una especie de moro con corbata, un fatalista.

—Ser un poco moro, en los tiempos presentes, puede contribuir a la felicidad general y a la de las familias.

—El año transcurrido te habrá parecido de perlas.

—Las perlas están en las joyerías y forman parte del lenguaje mentiroso de los poetas. Todos los poetas, excepto Homero, mientan. El año que acaba de transcurrir me ha parecido un año como los demás, peor que otros años para muchísimas personas, mejor que otros años para otras muchísimas.

—Y el año que viene, ¿qué te parece?

—El año que viene será un año como los demás, otro año cualquiera.

—¿Será todavía un año puente?

—¿Pero puente de qué? ¿A dónde conducirá este puente? ¿Conducirá a una situación mejor o peor que la presente?

—En todo caso siempre será mejor...

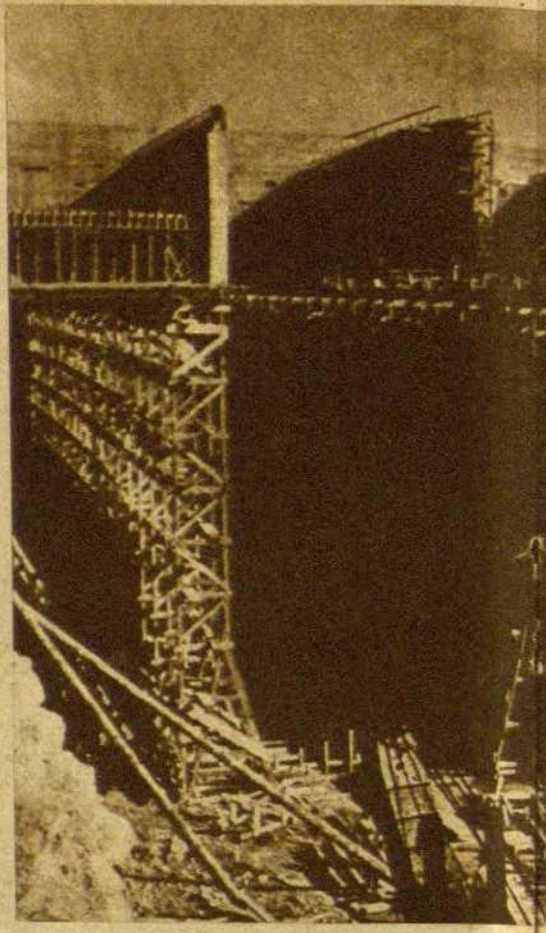
—O peor, ¿quién podría decirlo? Pero, en fin, querido amigo; ¿por qué nos empeñamos en discernir el futuro, haciendo el profeta? ¡Menudos profetas estamos hechos!

—Entonces, ¿qué hacer?

—Lo de siempre en la vida. En la vida siempre se pueden hacer dos cosas: o rezar el rosario o comer una triolera.

—Y a ti, ¿qué te parece lo más urgente?

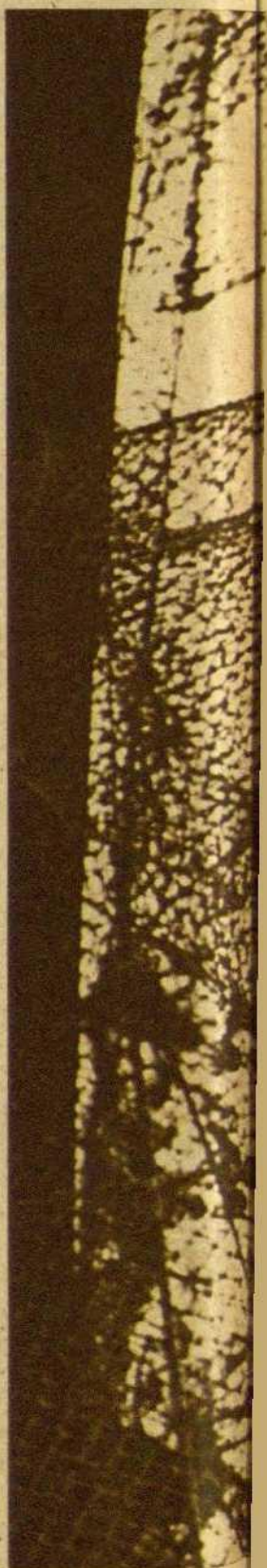
—Lo más urgente es rezar el rosario. Esto es lo que perentoriamente haremos. ¡Ah! Pero luego me invitarás a tomar un bocado, porque el Ángel de la Guardia me apremia.



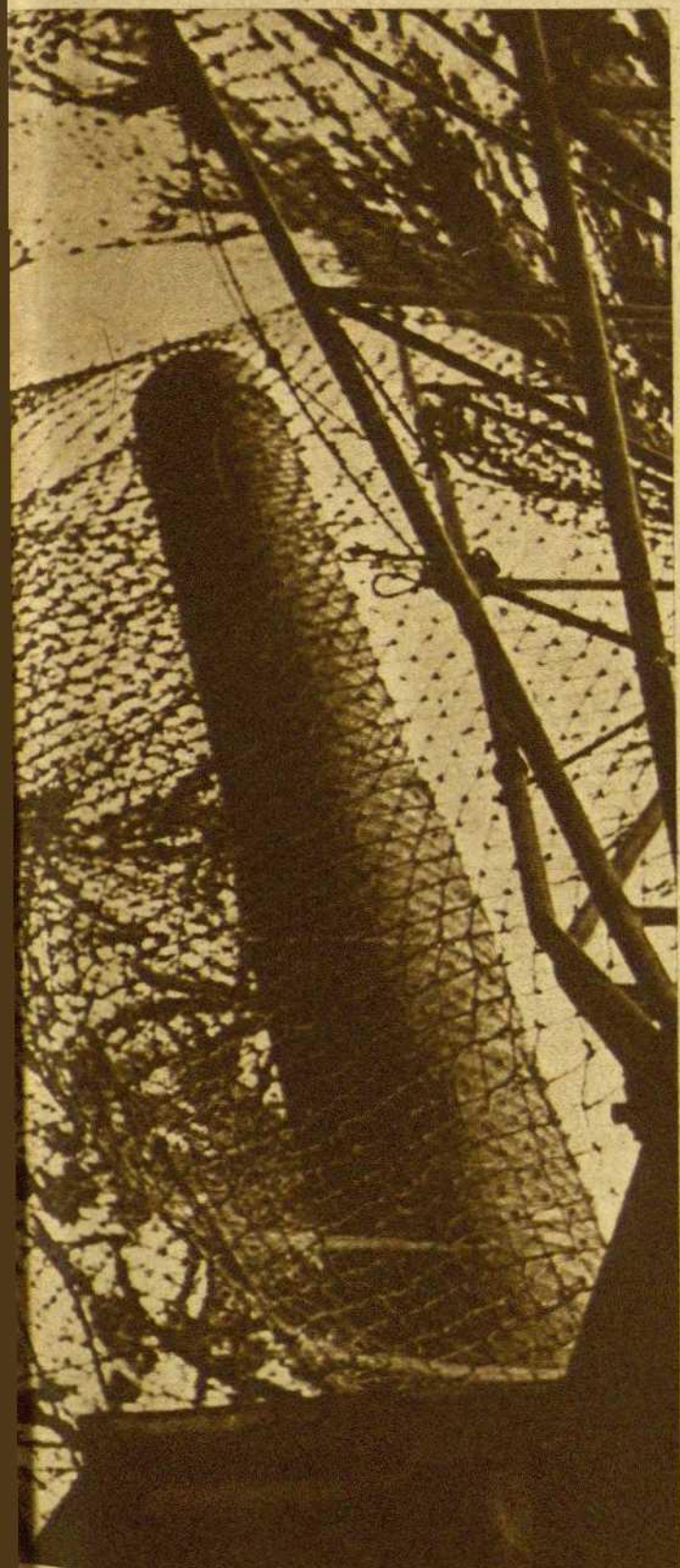
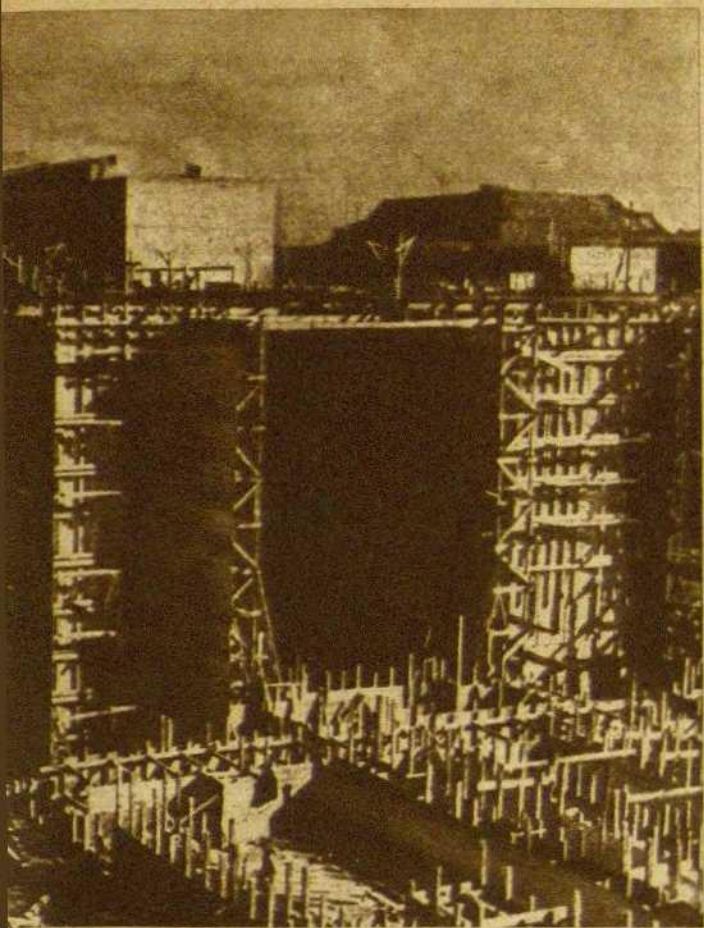
Publicamos en estas páginas las fotografías de los más destacados jefes militares nombrados por los aliados para llevar a cabo la anunciada invasión del Continente. Arriba: El mariscal del Aire inglés, Sir Arthur Tedder, vicecomandante de todas las fuerzas combinadas. Abajo: El general Alexander, que asume el mando de los ejércitos aliados que luchan en Italia



El general Wilson que hasta ahora mandaba las fuerzas estacionadas en el Próximo Oriente, substituye al general Eisenhower en la dirección militar de las operaciones en todo el Mediterráneo



La llamada «fortaleza» de tal modo las cosas empresa difícilísima. largo alcance. Día



El general americano Eisenhower, supremo comandante de todas las fuerzas de invasión



Como adjunto inmediato de Eisenhower, los aliados han nombrado al general irlandés Montgomery, el hombre que en las luchas de Africa conquistó junto con Rommel la máxima popularidad

MIL LIBROS

(RECUERDOS BIBLIOGRAFICOS)

por

LUIS NUEDA

Nueva edición revisada, corregida y notablemente ampliada



Reseñas claras y fieles del contenido de más de un millar de volúmenes de Ciencias, Filosofía, Religión, Literatura: ensayos, novelas, teatro, etc. Las doctrinas e hipótesis más trascendentes en diversas materias, los pensamientos más bellos y profundos de los hombres más eminentes de todos los países.

Entre éstos puede decirse que no falta ninguno de los que, por uno u otro motivo, alcanzaron fama perdurable... o efímera; y los extractos aparecen redactados siempre con fidelidad y objetividad absolutas, terso y atrayente estilo, depurado lenguaje y extensión y claridad bastantes para que las personas que no necesitan conocer con todo detalle los fundamentos y desarrollo del pensamiento de un autor, y pretendan sólo satisfacer una legítima curiosidad o avivar un recuerdo, puedan conseguirlo ahorrándose la consulta de los textos originales en la mayoría de los casos. Unas breves y personales notas críticas complementan casi todas las reseñas.

Lujosa encuadernación en espiñada tela gris con rótulos en oro

PRECIOS { al contado, Ptas. 125
o plazos, Ptas. 150

Pida esta obra a su librero o dirijase a la

Editorial Amaltea, S. A.
Provenza, 93 - BARCELONA

El Pequeño Michelin



Aragón, 247 - Telf. 73452
BARCELONA

GRANDIOSA EXPOSICIÓN de JUGUETES



Durante los días 3, 4 y 5, SS. MM. los Reyes Magos, recibirán personalmente las cartas de los niños

Europeas no es una palabra vana. Los alemanes han fortificado de Europa, que cualquier intento de invasión ha de resultar andes e imponentes casamatos ocultan mortíferos cañones de noche, continúan los trabajos para aumentar la potencia defensiva de Alemania

ARTE Y LETRAS

ESCAPARATE INFANTIL

Manuel Amat: «GUERRA EN LA SELVA» (Libro de aventuras para niños). — Ilustraciones de Castany. — Jorge Masoliver, editor. Barcelona, 1943.

Volviendo por los ejemplos típicos del género, el autor personaliza en el mundo de los animales las gracias y desgracias de los humanos. Leyendo esta guerra en la selva nos parece asistir a otras que mayormente nos afectaron, vuelve a nuestros oídos cierto lenguaje y ciertas frases de triste recuerdo. Aunque, como en la realidad, ganen en el libro los buenos y — a la larga — resulte edificante la narración.

El socorrido procedimiento de recurrir a la vida de los animales para pintar nuestras pasiones, ofrece en esta ocasión la novedad de los términos comparativos. Así mientras los papagayos figuran politicastros y las ranas radiotelegrafistas, los elefantes son artilleros, los canguros lanzan bombas de mano y los cocodrilos constituyen las fuerzas submarinas.

Con estos y otros elementos teje el autor una historia entretenida que termina con el triunfo del hombre sobre los animales. Con este libro de Manuel Amat inicia sus tareas la editorial Jorge Masoliver. A la presentación impecable de la obra contribuye un crecido número de intencionadas ilustraciones de Castany.

E. Llimona: «EL CUENTO DE LOS CHIVITOS». — Ilustración de la autora. — Imp. J. Sallent. Sabadell, 1943.

Cuaderno, para niños de pocos años, que contiene un conocidísimo cuento; su interés estriba en los gráficos y detallados dibujos — influidos por la manera de Walt Disney —, impresos unos a varias tintas y en negro, los otros, para ser iluminados por los niños.

M. Montplá: «LA PERSONALIDAD DE AHMED». — Leyenda oriental con ilustraciones de Pedro Riu. — «Obras Selectas». Barcelona, 1943. Como en su obra «El Opalo de Fuego», el señor Montplá conduce a sus jóvenes lectores por tierra de Arabia y mares de Asia. Piratas, aduvinos, sultanes y princesas, jóvenes abnegados y tesoros sin cuento; todo se trenza pintorescamente en este que, en realidad, es un libro de viajes. A la descripción de ese mundo de maravilla añade no poco, para la fantasía de los jóvenes lectores, el lápiz detallista de Pedro Riu. Tanto este libro como el anterior, sitúan en sendos mapas el teatro de las aventuras de sus héroes. Un claro propósito moralizador da a estas aventuras un inconfundible sello personal.

William Shakespeare: «EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO». — Narrado por Angel Puigmiquel. — Ilustraciones de Emilio Freixas. — Enrique Meseguer, editor. Barcelona, 1943.

De unos años a esta parte, la literatura infantil merece los mayores cuidados de los editores barceloneses. Si la tónica de nuestra producción librera es notablemente superior a la de antes de la guerra, no cabe duda que ello se debe, en gran parte, al alarde y al ingenio con que se presentan y escogen, hoy, los cuentos para niños.

Ayer la magnífica edición de «Blancanieves», los libros en forma de casa, de animales, en relieve, etc.; hoy los de «El Circo». Y este de Shakespeare. Porque se podrá discutir — si de críticas con ojos de persona

mayor se trata —, se podrá discutir el gusto o el poco «esgrasable» de las ilustraciones de Freixas. A quienes nos fué dado contemplar la magnífica versión de la obra shakespeariana en los jardines florentinos de Boboli; a cuántos han admirado la versión cinematográfica que el mismo Reinhardt nos deparara, mal podrán gustarles en dibujos, así fuesen de Doré. Pero los niños de hoy no han conocido ninguna de esas dos versiones, ni entraron por los campos del dramaturgo inglés. Y aquí adquiere todo su valor la obra de Emilio Freixas.

Por su parte, y huyendo de las traídas adaptaciones de costumbre, el señor Puigmiquel ha procurado no apartarse del original más que en el procedimiento — que aquí es el discursivo — y de aquello que no aprovecharía a la inteligencia de los niños. Y, al efecto, procura seguir la magnífica traducción de Astrana Marín.

P. L. Travers: «MARY POPPINS». — Trad. del inglés por M. Manent. — Ilustraciones Mary Shepard. — Editorial Juventud. Barcelona, 1943.

Con Mary Poppins vuelven los Peter Pan, los Puck, Doña Redonda, las hadas y gnomos que se apean de sus fantasmagóricos sitios para pulular en torno de nosotros, mezclarse en nuestra vida corriente y devolvernos, en definitiva, esa esperanza que la vulgaridad cotidiana quisiera preterida.

Mary Poppins es una nifera misteriosamente traída por el viento y que el viento se vuelve a llevar; no sin antes haber dado forma — como un ilusionista distraído que no quiere la cosa — a los viajes más estupendos y a los lances más divertidos. Desde la simpática señora Corry, vieja como el tiempo, que va pegando por el cielo las estrellas de las tartas azucaradas hasta la historia de la vaca bailarína y el episodio del gas de la risa, los niños confiados a Mary Poppins van de júbilo en sorpresa y de distracción en enseñanza. El pequeño lector español, por la gracia del lenguaje llano de la obra y de la sana imaginación de P. L. Travers, se sentirá identificado con la Juana y el Miguel del cuento y adorará en esta soberbia figuración de Mary Poppins.

Mercedes Llimona: «CHUPETE». — Ilustraciones de la autora. Ediciones Chicos. Madrid, 1943.

Chupete es un chiquitín que, en pago de su curiosidad cae en el interior de un reloj de pared. Allí va sorprendiendo la vida de los títeres en continua danza, del cuclillo que da las horas, de los ratoncillos, de murelitos y pájaros. Su amigo el cuclillo le coloca unas alas de mariposa y salen juntos por el mundo adelante. El mundo de la Cenicienta, Blanca Nieves y los enanitos, Hansel y Gretel, la Bella Durmiente, Piel de Asno; de todos los personajes de nuestra infancia.

Si la historia no es, por supuesto, una novedad no es menos cierto que en el ánimo de su autora no pasaba de ser el cañamazo sobre el cual bordar todo ese paraíso infantil. Y en tal sentido hay que reconocer que los dibujos de Mercedes Llimona, son inmejorables.

Mari — Pepas: «FIESTAS DE NAVIDAD Y REYES». — Dibujos de María Claret. Industria Gráfica Valverde. San Sebastián, 1943.

En sendas láminas, la autora va siguiendo la vida de la protagonista y sus hermanos desde el 23 de diciembre hasta el 7 de enero, es decir durante las vacaciones. A cada ilustración corresponde una página que viene a ser como un sucinto diario de la «Mari-Pepas» del cuento.

MIS CANCIONES. — Poesía y música de Palmira Jaquetti. Ilustraciones de Elvira Elías. Editorial Juventud. Barcelona, 1943.

Hasta diez y siete canciones o mejor dicho breves y simpáticas melodías recoge este volumen. Música y letra transpiran dulce ingenuidad, frágil elegancia de la que participan los dibujos de Elvira Elías, compuestos, a tres colores, con gran habilidad tipográfica. Ellos incitarán a los niños a conocer, por boca de la madre o la profesora el sentido de las pequeñas canciones de este cuaderno que sin ser propiamente populares tienen todo el sabor de una música nuestra y deliciosamente íntima.

Virginia de Castro: «DOÑA REDONDA Y SU GENTE». — Trad. Natividad Zaro. — Ilustr. Ravassa. — Editorial Yunque. Barcelona, 1943.

Con las figuras de doña Redonda y doña Locatita la chiquillería peninsular tiene ya la versión, o la contrafigura, latina de los tipos nórdicos que marcaron las lecturas de nuestra infancia. Es decir, que por vez primera en nuestras letras no se recurre a tejados de caramelo, ovejas de azúcar y prados de huevo hilado. La autora, situándose precisamente en el mundo de los niños, nos da una versión infantil e inédita de la sociedad de los mayores; aprovecha para deplorar nuestras convenciones, zaherir nuestros vicios, hacer triunfar los valores eternos. Todo ello, naturalmente, sin dogmatismos, con gracejo y fantasía.

EL AÑO LITERARIO EN LENGUA INGLESA 1943

por ANTONIO MARICHALAR

DAR cuenta de todo lo que en España se ha traducido de lengua inglesa durante el pasado año sería tarea fácil, pero prolija. Hablar de lo que se ha producido en dicho idioma, no sería larga labor, pero sí difícil. La guerra ha impuesto, como es natural, un ritmo más lento a la marcha editorial en cuantos países la hacen; se publica menos y, de ello, gran parte al servicio de las circunstancias. La paz de España se advierte, por el contrario — y entre otras cosas de mayor trascendencia —, en la holgura creciente para editar en español gran número de libros extranjeros: novela inglesa muy especialmente. Y si estos libros están al alcance del lector que desconoce esa lengua, no lo están, en cambio, los que aparecen fuera de España. La guerra eleva las fronteras, y es ardua la lectura de esos libros; lo es hasta la mera información de lo que se imprime más allá de ellas. No he de pretender, pues, responder a lo que se me pregunta: sería menester, previamente, enseñar a quien quiera, a su vez, enseñar a quien no sabe. Pero basta implicar en nuestra confesada ignorancia un sentido parejo al que los ingleses encierran en el término «ignorar» (un cierto «prescindir», cuando no «desdenar») para resignarse al punto, haciéndose la muy posible consideración de que, en definitiva, no desconoceremos, acaso, ningún libro realmente importante de los que se hayan publicado. Y al decir importante, habré de referirme, claro está, a los que más lo puedan ser para nosotros; esto es: a los que, de manera certera y veraz, traten de España.

Por eso siento no poder referirme a libros que, publicados no ha mucho, escapan, sin embargo, al marco estricto del año. Tal es la obra sobre Arquitectura Románica Española, que escribiera Whitehill, discípulo y continuador del hispanista Porter, o la biografía de Catalina de Aragón, debida a Garret Mattingley. Y aun rebasando el límite del hispanismo, para alcanzar alguna obra de carácter realmente universal e interesante, tampoco lograríamos poder referirnos a un estudio como el del americano J. Pick acerca del poeta Hopkins, porque este libro ha sido publicado (en Oxford) el año 1942, y es fuerza no salirse del 1943. Prosigamos, pues, fieles a ese criterio que nos hemos fijado.

No hemos de arrepentirnos. Pese a mi deficiente información, creo sospechar que, entre los libros publicados en 1943, destaca, por su interés para nosotros, el que ha dedicado A. Parker a la obra de Calderón. De él, pues, hablaremos, aun a riesgo de decepcionar a aquellos de mis lectores que esperasen hallar aquí una recensión de la última novela de algún escritor redescubierto, llámese Charles Morgan o Maurice Baring. A este libro, pues, he de limitarme, y aun la menor que los límites no sean mayores. El libro merece amplia atención. Y no, ciertamente, por lo insólito.

Ahora, que tanto se habla dondequiera de un retorno a Calderón, es frecuente invocar — y en justicia — el entusiasmo de los románticos alemanes hacia nuestro genio del teatro. Ellos acertaron, en efecto, a reanimar un culto que, desde las primeras consecuencias del espíritu afrancesado del siglo XVIII, yacía reducido a mero rescoldo. No entremos, ahora, a inquirir las causas de aquello. Pero destaquemos un hecho. Si, como ha dicho José María de Cossío, al comentar la comedia calderoniana «Todo amor es silogismo», don Pedro Calderón es el «más racionalista de nuestros poetas» y la gramática se resuelve en su obra con precisión y frialdad mecánica «y no con el desorden propio de la naturaleza humana», rotos los frenos en tales trances, ¿nos ocurre preguntar cómo es que la revalorización de ese teatro, durante el siglo pasado, fué debida justamente a los escritores románticos, y dentro de éstos a los más románticos de todos: a los pertenecientes al romanticismo alemán. Bastaría, acaso, responder que la razón no es otra, por lo pronto, sino que los románticos gustaron muy especialmente de los autos y no de otras obras en el repertorio calderoniano. Pero también sería injusto olvidar — como se hace frecuentemente — los elogios que otros escritores extranjeros han dedicado a Calderón, durante el siglo XIX. Me refiero al ditirambo que le dedicaron algunos críticos anglosajones. Así, por ejemplo, un James Russell Lowell, quien, en 1873, escribía a E. Norton, frases del tenor siguiente: «Durante una semana no pude leer sino a Calderón: es una delicia inintermitente como de quien se internase en un bosque en el cual, y dentro de una escena, siempre la misma, hubiera, no obstante, una vicisitud perenne de luz y de sombra y una variedad inabarcable de frondas. Es el más delicioso de los poetas, ciertamente. Tal fertilidad, tal lujo de fantasía en la superficie de las cosas, infundiendo otras veces los más poderosos fuegos de la imaginación, etc.» Y, años más tarde, su entusiasmo no ha decaído. Por el contrario, en 1890, añade: «Me anego en Calderón. Me entretiene y me absorbe cuando ya los demás son incapaces de hacerlo. Me doy cuenta de su monotonía y, sin embargo, encuentro asimismo una infinita variedad en él; y si su horizonte no es el más amplio, en cambio, los relumbres de la fantasía destellan constantemente en su perfil. Es muy posible que una

parte del encanto se halle en el lenguaje y en ese verso que se desliza con la fluencia de un arroyo. Hay pocas más grandes, si; pero no los hay de tan permanente arrobo. Su mente es un caleidoscopio y cada nueva imagen, etc., etc.» ¿A qué seguir traduciendo si testimonios como éste pueden hallarse en algunos otros autores? No pretendemos ocuparnos de él. Mas era necesario citarle como antecedente a una devoción que continúa; tanto más cuanto que el propio A. Parker no lo cita en el primer capítulo de su libro, dedicado, no obstante, a referir minuciosamente las peripecias habidas entre «Calderón y sus críticos».

No más lejos que el año pasado se publicó una cronología de las obras de Calderón en inglés, hecha por Harry Warren Hilborn. Tampoco se recoge en la obra de Parker, aunque ésta sea de 1943. Débese, acaso, a que el libro de Parker estuviera ya terminado al publicarse dicha cronología. Como quiera que sea, lo que a Parquer interesa es recoger sobre todo la polémica en torno a Calderón: el favor y desfavor que, alternativamente, ha sufrido su obra. Por eso, quizás, inicia su libro — cuyo título es: *The Allegorical Drama of Calderón. An Introduction to the Autos Sacramentales* (Oxford and London, 1943) — con una frase de Eugenio Montes, significativa, a su juicio, de este retorno a Calderón, al socaire del cual Parker escribe. La frase, de 1931, dice así: «Entonces alcanza el arte español su más alta cima en los autos calderonianos». Pero hablar de ese retorno y no aludir a los trabajos de Angel Valbuena sería injusto. Parker tiene muy en cuenta los juicios emitidos por este catedrático especializado en Calderón, desde las ediciones a su cargo del año 1927. Ya entonces decía: «El siglo esfuante, romántico e impresionista tuvo que rehabilitar a Lope. Hoy — siglo XX — en nombre del arte puro, del nuevo clasicismo y aun del simbolismo — frente al naturalismo — volvemos todos, consciente o inconscientemente a Calderón.» Lo que sorprende es que Parker no recoja la monografía que Valbuena ha dedicado a este tema el año 1941 con el título: *Calderón, su Personalidad, su Arte Dramático, su Estilo y sus Obras*. El hecho de que el contenido de este libro, con ser muy completo, no lo sea tanto como el título promete, y adolezca, a veces, de un cierto desaliño propio más bien de la improvisación en clase que de lo escrito en el estudio, no disculpa el que Parker lo ignore; tanto más cuanto que Valbuena, en dicha monografía, no sólo insiste en la vuelta a Calderón, sino que la apoya, por añadidura, en amplias motivaciones barrocas.

Tampoco el libro de Parker es, ni mucho menos, completo. No abarca ni la figura ni la obra toda de Calderón. Justo es decir que tampoco aspira a serlo. El título mismo se limita a los Autos Sacramentales, de los cuales quiere ser iniciación o prólogo. Parker aspira a explicar dos temas en sendos ensayos. Es el uno la historia de Calderón y la crítica. Es el otro la consideración del contenido dramático que los Autos tienen. Los tres capítulos siguientes, y con ellos termina el libro, son otros tantos estudios acerca de *El Gran Teatro del Mundo*, *La Cena de Baltasar* y *La Vida es Sueño*. La figura de Calderón está, en realidad, por trazar. No hay una biografía completa y la ausencia de datos, que con harta frecuencia se invoca, no justifica esta laguna. Los documentos publicados por don Cristóbal Pérez Pastor y tantos otros estudios aislados sobre puntos de su existencia, pueden dar más fruto que el hasta hoy obtenido. En rigor, lo único que de su intimidad se repite son las maravillosas cláusulas de aquel testamento suyo, cuyas son las frases: «Hallándome sin más cercano peligro de la vida que la misma vida» y «Dispongan mi entierro llevándome desubierto por si mereciese satisfacer en parte las públicas vanidades de mi mal gastada vida con públicos desengaños de mi muerte», y ésta: «Luego que mi alma, separada de mi cuerpo, le desampare dexándole a la tierra, bien como restituída prenda suya»; etc.

En cuanto a su obra, sabido es que sufrió los rigores de una crítica severa por parte de Menéndez Pelayo. Mas no debe olvidarse que el propio don Marcelino revisó ese juicio con estas palabras: «Y hoy, que el furor iconoclasta de una generación menguada e impotente se encarniza con el descrédito de las más veneradas tradiciones nacionales, por ningún caso quisiera suministrar armas a los que tal hacen, ni aparecer como detractor de uno de los mayores poetas que en España y fuera de ella han nacido». Y no las suministra ciertamente. Ahora bien, lo que no se puede impedir es que los entusiastas de Calderón gocen en llamarse más calderonianos que don Marcelino. Parker uno de ellos. Su fervor es tal, que su libro merecería atención aunque no fuese sino por la que él muestra a su autor dilecto; al punto que parece principalmente escrito para polemizar con todo aquel que haya puesto reservas a la obra calderoniana. Y concluye con esta afirmación: «En resumen: Calderón no es un dramático que se viera forzado por el ambiente a reproducir *clases* teológicos y falsear la naturaleza de su medio: es un poeta y un dramático teológico en el más legítimo y profundo sentido, y así su obra no es meramente considerable, sino que es, además, única en la literatura.»

GALERIAS COSTA

Archs. 3. — Teléfono 22630
MARCOS Y GRABADOS

EXPOSICION

S. SABATÉS ANDORRÁ
PINTURAS

NOVEDAD



No es una obra científica, es el libro que todos leerán y comentarán.

336 páginas
pesetas 22

ACABA de PONERSE a la VENTA
Editorial BRUGUERA Barcelona

LAS EXPOSICIONES Y LOS ARTISTAS

Pierrette Gargallo

(Sala Argos)

Empieza a adquirir un carácter tradicional la exposición de esculturas de Pierrette Gargallo en estos días de Navidades y Reyes. No por los años que viene celebrándose, que no son más que dos, sino por cierto maravilloso encaje entre los días y el espíritu de la obra de esta joven artista. En tal forma,

excusa de nuestro excesivo enternecimiento por la nostálgica evocación de un pasado.

Los resultados obtenidos por Pierrette Gargallo con estos temas pasadistas son de una expresividad sorprendente. Ya no se habla de la exquisita justeza en los detalles que sirve para ofrecernos toda la elegancia de una época. Es más decisivo aún el singular movimiento que anima estas escenas, la melodía in-

cia de un leve temblor de faldas femeninas que se cruza por nuestro camino.

Santasusagna

(La Pinacoteca)

Si fuéramos pintores envidiaríamos, sin duda alguna, las manos de Santasusagna. No me refiero a las que pinta, sino a las suyas propias, realmente magistrales en el dominio del pincel. Es posible que en su obra haya aspectos que nos satisfagan menos. Su pintura es frecuentemente, y a pesar de las apariencias, poco ambiciosa, demasiado acomodaticia, con una innegable tendencia a la reviviscencia de fórmulas pasadas que no proviene de otra cosa que de una noble admiración por la gran pintura, que si no es cosa en sí misma censurable, sino todo lo contrario, en este caso produce un escepticismo que corta un poco las alas del pintor. Pero este defecto que, a nuestro entender, puede señalarse a lo que en la obra de Santasusagna es intención, significación trascendente de su estilo, viene compensado por una factura pictórica quizá única entre nosotros.

La riqueza y variedad de sus recursos de paleta es algo prodigioso. En cualquiera de sus obras, vista en detalle, puede señalarse continuamente la pincelada viva, auténtica, del gran pintor. Es algo instintivo que el tiempo y el trabajo continuado han ido enriqueciendo y que nos maravilla por su audacia y su exactitud. No se trata de esfuerzo, sino de impulso inicial, de certera puntería en la utilización de una gama, en la evocación de un matiz. Por eso hablamos de las manos del artista. Es innegable que esta gran virtud de la obra de Santasusagna proviene de una enorme facilidad manual—extiéndase, si se quiere, a los ojos, aunque en rigor no es estrictamente necesario en este caso—que es capaz de solventar todos los problemas de expresión, que para otros, menos dotados, serían insolubles.

En su actual Exposición figuran grandes composiciones que sirven para hacernos más indiscutible esta facilidad de gran pintor. Resueltos con brío y extraordinaria perspicacia,



E. Moya. — «Diagonal»



López Ramón. — «Parque de la Ciudadela»

recogen con enorme seguridad la más viva de la pintura de muchos siglos. Son toda una lección de pintura, al menos de algo que es también esencial, necesario, en una buena pintura.

E. Moya

(Payans Catalán)

En la exposición del año anterior, Esteban Moya inisnuaba una evolución de su arte que ahora se concreta de una manera definitiva. Se acentúa la tendencia a la simplicidad, a una desnudez expresiva que llega a términos realmente sorprendentes en este antiguo discípulo de Joaquín Mir, que conserva para su maestro la máxima devoción. Pero esto no deja de ser una prueba de independencia que autentifica aún más la vocación de este artista inquieto, incapaz de seguir por los caminos de la rutina. Quedando aún para dilucidar lo que, aparte las diferencias tan patentes, pueda haber de resonancia de la intensidad colorística del gran paisajista en estas superficies densas y láconicas que utiliza Moya para darnos la abusiva impresión de una playa o del cielo.

Lo que ha variado considerablemente en la pintura de Moya es su intención expresiva, cada día más lírica y cargada de intenciones ex-

presionistas. Sus desnudos paisajes, donde vemos unas figuras melancólicas perdiéndose en atardeceres de un intenso dramatismo, vienen a representar una especie de superrealismo corregido por una innata ponderación. Pero queda siempre el virus mórbido de estas excursiones por terrenos de innegable simbolismo. Plástica si se quiere, pero con puntos de contacto con otras artes más literarias y descriptivas. Así las escenas parecen tener una historia y el laconismo del estilo no es otra cosa que un pretexto para subrayar todo este exceso de sentimiento que se posa en la interpretación del paisaje.

López Ramón

(Sala Gaspar)

Con temas urbanos de Barcelona, Gerona, Zaragoza y Valencia, el pintor López Ramón ha encontrado un excelente pretexto para mostrarnos la fidelidad interpretativa de su pincel. «Sabrio y exacto realismo que se complace en los detalles, sugeridos con pinceladas leves y justas. Meticulosidad de artista concienzudo que cada día va afirmando sus innegables dotes. Son visiones completas, casi documentales, que aprovechan toda la belleza del tema y de la hora.

J. T.



Pierrette Gargallo. — «Retrato de familia»

que seguramente lamentaríamos la interrupción de esta amable coincidencia. Figuras que a su neto valor artístico añaden una intención decorativa muy de acuerdo para favorecer la fiebre de los regalos que nos invade a todos en estas jornadas. Con tan agradables estímulos, es natural que se señalen temperaturas elevadísimas. Así, las figuras de Pierrette Gargallo tienen una concretísima intención que las hace mágicamente evocadoras y simpáticas.

No quisiera que las palabras anteriores crearan ningún equívoco. En este caso el utilitarismo es algo fortuito, exterior al hecho mismo de la obra. Lo que pasa es que no se oculta, como tantas veces, con intenciones aviesas, sino que, por lo contrario, se subraya con la máxima espontaneidad. Nada más apartado de la intención de la artista que forzar el singular destino de sus pequeñas esculturas. Advértase que en la insistencia en lo anecdótico de unos temas, hay toda una lección de sinceridad. Arte de filigrana, se satisface en una pura gracia que es personalísima y, por lo tanto, inconfundible. El ochocientos literario encuentra una modernísima fijación plástica que acrecienta su fragante insinuación, tan bien acogida desde hace algunos años por algo de nuestra sensibilidad, quizá fatigada de un rápido y nervioso avanzar a través de una vida en constante mutación. Así, estas pequeñas obras tienen el sosiego de un placentero descanso, algo de la seguridad de una hora amable y distinta. Lo caricatural que pueda insinuarse es suficientemente corregido por una ola de ternura. Así, lo máximo que puede provocar en nosotros es una sonrisa de inteligencia, la cual contribuye a nuestra satisfacción, como una postrera



Santasusagna. — «La botella de vino»

SALA BUSQUETS

Paseo de Gracia, 36

EXPOSICION

A. UTRILLO

Del jueves, día 30 diciembre al 14 enero



LIBRERIA EDITORIAL ARGOS

P.º Gracia, 30

EXPOSICION

PIERRETTE GARGALLO

ESCULTURAS

PICTORIA

Caspe, 21

Exposición permanente de artistas contemporáneos



ARCHS. 7. PL. Teléfono 15098

Primera fiesta mayor de la caricatura

Dibujos humorísticos y Pintura de firmas seleccionadas

Sala Vincon

PASEO DE GRACIA, 96

EXPOSICION

GOUSSEFF

SYRA

EXPOSICION

María Roselló

LA PINACOTECA

MARCOS Y GRABADOS P.º Gracia, 34. Telef. 13704

EXPOSICION

JOSE VENTOSA

PINTURAS

Inauguración hoy, a las 11 de la mañana

GALERIAS AUGUSTA

Avda. Genlmo. Franco, 478 Vía Augusta, 2

EXPOSICION

J. VIVES LLULL

Día 5 de enero de 1944

Eduardo Gener

Galerías Layetanas

Avenida José Antonio, 613 Teléfono 12825

EXPOSICION

COPIAS MUSEO

(Miniaturas)

CARMEN BORDES

SALA ROVIRA

Rambla de Cataluña, 62

JOSE BALCELLS

PINTURAS

Paisajes de Tárrega

Del 1 al 14 enero



MARCOS CUADROS

Consejo de Ciento, 323 Teléfono 12064

EXPOSICION

F. GALOFRE SURIS

Del 1 al 14 de enero de 1944

SALA BARCINO

P.º Gracia, 19 - Telef. 12367 BARCELONA MARCOS Y GRABADOS

EXPOSICION

JOSE M.º FABREGAS

Del 31 diciembre de 1943 al 14 de enero de 1944

CRONICA DE CINE

— POR ANGEL ZUÑIGA —

"LADY HAMILTON"

de Alexander Korda, y

"TU Y YO", de Leo Mc. Carey

LOS amores de Lord Nelson y Lady Hamilton, tejidos como siempre en telar romántico, vuelven ahora al campo cinematográfico. (1) La Historia, mecida en el vaivén de las imágenes, adquiere aún en su misma veracidad cierto aire de leyenda, porque como sucede en tantos personajes históricos, hemos acabado por recortar nuestras propias ideas sobre el patrón de los mismos.

comprobados. La leyenda de que antes hablaba, está en el carácter de Emma Lyon, a quien, como de costumbre en teatro o en cine donde se manipula sobre grandes rasgos del personaje, se la ha rodeado de una aureola que estaba muy lejos de poseer. (2) Lady Hamilton aparece siempre como una mujer inteligente, sensible, capaz incluso de todos los sacrificios. En una

cintas para las que no cabe regatear el aplauso. Pero el resto deja bastante que desear. Halaga los gustos más superficiales del público, con una idea muy cómoda sobre el lujo y las grandes decorados, sin hallar muchas veces ese punto sobroso de exigencia en el rigor artístico (4).

Además, Korda ha realizado un film exento de pasión, cuando, precisamente, la pasión había de ser la yasca que encendiera al rojo vivo todas las escenas. Querer solucionar esta «líason» amorosa a base de tonos delicados, es grave error por cuanto se evapora en ellos cuanto hubo en la misma de autenticidad. Por otra parte, se percibe demasiado que la arquitectura del film está hecha a base de los dos intérpretes principales. Es un film de «estrellas» y esto, en definitiva, viene a agravar la situación, pese a que, tanto Vivien Leigh como Lawrence Olivier, sobre todo este último, interpretan sus partes con la habilidad en ellos habitual. Y es en ambos donde debe situarse la atención del espectador para que, en lo posible, no quede ausente de cuanto en la pantalla ocurre.

Recomiendo a las gentes de nuestro cine vean este excelente film americano, a ver si aprovechan sus enseñanzas. Nos hallamos ante uno de aquellos en que la dirección muestra un tino ejemplar. La fórmula del tema es clásica: Boy meets girl, boy loses girl and boy meets girl again. — Es la receta de que tanto se han reído los propios americanos (5) con ese humor envidiable que poseen y que, en definitiva, es el mejor de los desinfectantes para los usos y abusos de las gentes.

Pues bien, sobre tan minúsculo tema —hecho, de menudencias humorísticas, de pequeñas reacciones psicológicas, de diálogos amorosos— se han creado una serie de situaciones que sólo un director inteligente es capaz de vivificar. De cómo se ha conseguido esto son prueba sus escenas. En cada una de ellas, Leo Mac Carey (6) vuelve a sen-



Una escena de «Tú y yo».

de los mejores intérpretes de Hollywood. Ver actuar a Irene Dunne es siempre una delicia; esta vez nos ofrece, además, una de sus mejores interpretaciones. Apenas desaparece de la pantalla. Y este esfuerzo sostenido de su personaje se mantiene a un mismo tono de finura, de distinción, aun en los planos más extensos, que es en los que se prueba la valía de un intérprete, subrayado con un gesto todo sugerencia, toda matización. No le va muy a la zaga Charles Boyer, más humano que en otras ocasiones. Y el resto del elenco completa esta pequeña filigrana de dirección e interpretación realizada en estudios americanos.

(1) Recuerdo una versión de «Lady Hamilton» inglesa, con Malvina Longfellow; otra, del mismo título, con Liane Haid y Conrad Veidt, dirigida por Richard Elberg; y un «Trafalgar» («The divine Lady»), con Corinne Griffith y Victor Varconi, dirigida por Frank Lloyd.

(2) Ortega en su ensayo titulado «Paisaje con una corra al fondo», ha dicho: «La verdad es que Lady Hamilton no tuvo nunca talento, ni siquiera educación, ni apenas gusto y buen sentido. Es la perfecta casquivana. Vivir es para ella ponerse y quitarse trajes, ir y venir de una fiesta a otra fiesta invitada. Es la eterna mundana que, bajo uno u otro aspecto, todos hemos conocido y de que casi todos nos hemos enamorado alguna vez.»

(3) Aunque de vez en cuando se producen una racha de films históricos, difícilmente son éstos populares. Primero, por su gran coste, si la fidelidad es su constante. Segundo, la demanda de estos films, es pe-

queña, a menos que se les revista de aire romántico, un tanto fantástico, que una a nuestra sensibilidad. A despecho de la amplitud de las escenas de masas, a pesar del valor interpretativo de algunos actores, pocos de estos films pueden considerarse como pruebas auténticas de buena fama. Solamente ha habido un caso en el que se haya logrado una calidad altamente humana: «Juana de Arco», de Dreyer. Y más se debió a que en lugar de mirar el pasado con objetividad, se quiso intentar con ojos modernos. Si la historia de servir de tema para el cine, el más de Dreyer parece el único posible para lograr un buen éxito. La cámara y el crónometro, son instrumentos demeritados para que se pueda saborear el cine cinematográfico con los grandes decorados y los trajes de época. De lo mismo se jactan con que Jannings o Laughton interpretaron el personaje de Enrique VIII, esos personajes continúan siendo los mismos. No importa el detalle con que una batalla es reconstruida o el acierto con la Armada pueda hacerse a la mar, el resultado no deja de tener algo de masas. De todas formas, no niego el buen resultado de algunos efectos dramáticos en estas cintas. Es el género el que, de buenas a primeras es completamente anticinematográfico.

(4) Hasta los mismos decorados no aquí la amplitud que la cinta requiere. Algunas escenas tampoco están a la altura. Sólo me parece superior la de la muerte de Nelson, magníficamente interpretada por Olivier. Superiores a la mecánica traducción del grabado de Davis, realismo de «Trafalgar», tan superficial.

(5) Me refiero a la obra teatral «Boy meets girl» de la que existe una versión cinematográfica, aquí desconocida.

(6) Algunas cintas de Leo Mc. Carey: «Sopa de gansos», «Noche obligada», «de placer», «La sin lactea», «La piedad titania».



Vivien Leigh en su interpretación de Lady Hamilton

No es que esta versión de «Lady Hamilton» atente a lo objetivamente histórico, cuya autenticidad es siempre muy problemática y que, en esa misma ficción, tampoco nos interesa gran cosa. Naturalmente, deseamos el respeto. Pero también le pedimos para los convencionalismos cinematográficos, mucho más importantes. Ahora bien, si en el tema existe alguna rozadura que duela a la verdad, hemos de convenir que, en sus rasgos esenciales, obedece a una serie de hechos cronológicamente

palabra: admirable. Así se comprende, para el sentir popular, que Nelson, una de las más admirables cimas del siglo, la escogiera para remansar en ella su amor, insatisfecho en el matrimonio (3).

Alexander Korda ha realizado, pues, otro de los llamados films históricos. Permítaseme que les diga que, en conjunto, resulta muy inferior a la anterior versión realizada sobre los mismos hechos. Las causas son varias. No quiera achacárselas todas al doblete, aunque éste haya tenido que modificar, como de costumbre, intenciones o escenas completas, que todavía acentúan los defectos. Pero la verdad es, ya que he visto la versión original, sin cortes ni otras zañandajas por el estilo, que la falta principal radica en la concepción de la cinta.

Y es que Korda, por lo general, labora pensando demasiado en las masas espectadoras. Toda esa fama que posee la ha adquirido a base de dos o tres



El modelo de Vivian Leigh: uno de los famosos retratos de Lady Hamilton, pintados por Georges Romney

tar cátedra de dirección. Los detalles, y la cinta toda es detalles, son exquisitos; el juego de los actores, y la cinta toda es interpretación, perfecta; las situaciones poseen la medida justa, y toda la cinta es medida, justeza, equilibrio. No se puede llegar a más, con menos. Porque la dirección es tan sabia, que ha logrado simular la falta de unidad del infimo asunto (con su derivación final, innecesaria y a punto de caer en lo sensiblero) con un tacto exquisito que elimina el gesto dramático, la entonación recargada que hubiese desvirtuado el concepto amable del film. Aquí cabe advertir la madurez alcanzada por una cinematografía como la americana, capaz de situarnos en un clima poético, con una leve brizna de humor, con los materiales más simples, más sencillos. A veces, las mejores, con tal eliminación de lo superfluo que la escena aparece nuda de inútil hojarasca, en una plena y total significación. Conste también que tenía a mano dos

CINES PUBLI
AVENIDA DE LA LUZ

HOY

2ª GALA
WALT DISNEY

3

DIBUJOS TÉCNICOLOR
ESTRENO ESPAÑA

★ AYUDA de CAMARA
★ HUÉRFANITOS ENDIABLADOS
★ SUEÑO REPARADOR

NO-DO. A y B

ESPOSA DOCTOR Y ENFERMERA

CON

Loretta YOUNG
Walter BAXTER
Virginia BRUCE

COLISEUM
RKO RADIO FILMS S. A. E., PRESENTA

la extraordinaria producción con

Cary Grant
Joan Fontaine
en
Sospecha

GRAN PREMIO por la MEJOR INTERPRETACIÓN FEMENINA de 1942 de la ACADEMIA de ARTES y CIENCIAS CINEMATOGRAFICAS de HOLLYWOOD

DIRECTOR Alfred Hitchcock

Se despachan localidades con anticipación

La historia de un amor torturado por crueles dudas.

MEDIANOOCHE

CARMEN GRACIA

dice que no le gusta el teatro

NUNCA di a entender semejante cosa! — pensará Carmen cuando lea este titular. La verdad es que el sentido de la frase es bastante si la trasladamos a los lectores, tal como nos lo da la joven cantante de ópera en el curso de una larga y agradable conversación:

El teatro no me gusta. Adoro la Música, y el canto es la pasión de mi vida, pero, el teatro, los escenarios telón a dentro y las rivalidades que comparten me disgustan haciéndome desear lo que se llama la vida del mundo. Por fortuna, consigo abstraerme bastante en mi trabajo y olvidar de cuanto, en la escena, me desagrada.

Carmen Gracia dice, no obstante, palabras sin rencor, sonriendo dulcemente con un prurito de dependencia profesional. Realmente no puede haberse aclimatado todavía a la atmósfera teatral, respira desde hace sólo dos meses. Desde los inicios de su carrera durante este tiempo ha actuado en las tablas siempre con primeros papeles y al lado de los mejores cantantes masculinos. Caso insólito, debutó ya de «prima donna», en la temporada de 1942 en el teatro encarnando a «Gilda» de Puccini, el mismo papel que tantos aplausos le ha valido en las primeras representaciones de esta temporada.

—No puedo quejarme de mi suerte — argumenta sin pensar que las facultades vocales y su temperamento de artista han decidido, que la buena estrella, su rápido desenvolvimiento en la escena operística. — Mi primera salida en «Rigoletto», hace dos años en el teatro, al lado de Malipiero y Maffei, fué tan bien acogida que desde entonces no he debido ocuparme mucho por los contrarios. Aquella misma temporada, en los «Pescadores de Perlas» con el Civil y Banelli, en Palma de Mallorca el «Barbero de Sevilla» con Maffei. He cantado luego en Madrid, el «Elixir de Amor» con Tito Schipa. Fué la noche más emocionante para mí. Me habían dicho que debía ocultar al gran cantante poca experiencia teatral, para que él se considerara defi-

cientemente asistido. Yo hice todo lo contrario y en una de las ensayos le dije que no estaba segura de cantar como él seguramente debía exigir. Mis advertencias fueron acogidas con gran simpatía y recibí de Schippa un sin fin de atenciones y de consejos que me ayudaron grandemente a secundarle como era debido. Recuerdo el momento que pasó al oír la ovación que premiaba su interpretación de la



celebre aria «una furtiva lágrima» y que le obligaron a visarla. Después debía cantar yo mi parte más comprometida. Debí hacerlo bien por cuanto los aplausos al final no cesaron hasta lograr que yo también repitiera mi solo.

En Madrid canté también «Rigoletto» con el baritono Tagliabue y en el Coliseo de Oporto y de Lisboa ante un público magnífico, hice también costado a Schippa y canté «El Barbero», «Elixir» y «Rigoletto». Interpreté la Micaela de «Carmen» en el Liceo el año pasado y he cantado en otras varias capitales españolas.

—¿Siempre como soprano ligera de ópera?

—Siempre, desde hace algún tiempo. No dejo pero de pensar en el «lied» que encuentro una fórmula exquisita de interpretación. Mi primera actuación pública fué en el

Palacio de la Música con «Lieders» de Mozart, Strauss y otros. Me acompañó Lialia Cantieri, mi primera maestra de canto. A ella y a Andrea Fornelli, que tanto contribuyeron a mi educación artística, así como a los maestros Lamote de Grignon, Pena y, finalmente, Anovazzi, con quien trabajo ahora, les debo mucho y sus orientaciones no es fácil que las olvide nunca.

Para conocer íntegra la evolución artística de Carmen Gracia, nos falta conocer el preludio de su carrera y los consabidos proyectos para el futuro.

—En la Escuela Municipal de Música adquirí las primeras disciplinas del solfeo y el piano. Gracias a ellas ahora puedo estudiar sola acompañándome todas las obras. A los trece años el maestro Lamote hizo que me admitieran en la clase de canto donde en tres años hice todos los cursos. Un día me oyó cantar Fleta y me ofreció un pequeño papel en la ópera «Christus». Fué mi primera salida a escena. Después obtuve una pensión para estudiar en Italia, donde no he podido trasladarme a causa de la guerra. Finalmente, el Liceo y mis actuaciones que ya conocen.

¿Y para el futuro?

—Nuevas actuaciones esta temporada en Madrid y Portugal, con Lauri Volpi, y luego... me hablan de América, del Metropolitan Opera House...

A la gentil Carmen Gracia se le abren las puertas de la fama. No nos extrañaría saberla muy pronto en un lugar prominente de la constelación operística internacional. Hablando con ella, procuramos que no acudan a nuestra imaginación, ni a la suya, los fantasmas de la zarzuela o del cine, que podrían enturbiar la segura, rápida e inmutable vocación que la conduce a un destino excepcional dentro la órbita difícil del gran teatro lírico.

SOLIUS

GUION cinematográfico

ELOISA ESTA DEBAJO DE UN ALMENDRO.

Rafael Gil nos ha decepcionado esta vez.

Y no precisamente por su labor de director, que no carece de algunos instantes apreciables, sino más bien por haberse dejado seducir por la obra de Jardiel Poncela, tan escasamente traducible al celuloide, que nada, absolutamente nada podía esperarse de ella, aun hallándose en las manos del más inteligente adaptador. Y Rafael Gil, que hasta el momento nos ha dado valiosas pruebas de su capacidad, hubiera podido percatarse de ello antes de romper sus lanzas en tan descabellada empresa.

Porque si, en el teatro —o, por lo menos, en el particular teatro de Jardiel— son justificables en algún modo ciertas actitudes y determinados personajes, la pantalla, en cambio, jamás podrá tolerar tipos tan faltos de poesía como éstos.

Lo que sí ha logrado Rafael —y merece la pena de citarse— ha sido la exacta valoración del ambiente que llega a tener gran importancia en las escenas del desenlace. En cambio hay detalles, (esas hojas del calendario deslizándose para indicar el paso del tiempo!) que encontramos completamente descuidados en un director que pudo realizar «Viaje sin destino» y «Huella de luz».

La interpretación —excepto con Rafael Durán, cada vez más actor— no pasa de la discreción.

En fin: «Eloísa está debajo de un almendro» ni podía ser cine ni aquí ha conseguido serlo, a pesar de los buenos oficios de Rafael Gil.

JUAN F. DE LASA

LA ESCENA

Un «Cristóbal Colón» sin novedades

N O ignoro que una comedia, drama o pieza teatral — sea del tipo que sea — requiere la constancia, meditada e inspirada, de uno o dos meses de labor atenta. No ignoro asimismo que, injustamente, toda la ilusión creadora del autor — aunque a veces sea pueril, y siempre hablando en términos de honradez — puede verse destruida en un santiamén por un público intolerante o, como ocurre con mayor frecuencia, anatematizada rotundamente por el señor crítico con sólo un cuarto de hora de pensar en ella, insuficientemente.

Sin precipitaciones, pues, me referiré al momento histórico, de Sebastián Cladera, autor novel y, al parecer, poeta, titulado «Cristóbal Colón».

Para quienes creen en el valor intrínseco del hombre, Cristóbal Co-

lón, sólo tiene importancia por cuanto hay de luchador en él y por su ambiciosa constancia, sostenida durante veinte años, en pugna contra todo un mundo indiferente. De hecho, pues, no es más que un afortunado al tropezar con una tierra desconocida, precisamente con el formidable escollo que destruye su teoría. Colón es un fracasado inmortal (digno momento para una pirueta escénica a lo Shaw) que tuvo en su poder, graciosamente, la primera participación en uno de los momentos más impresionantes de la Historia.

Yo admiro al Colón terco, inquieto, constante, aventurero y persuasivo; al hombre físico y mental. No al Colón predestinado, mágico, aureolado sobre un pedestal de hierro con un brazo extendido hacia el mar. Admirar a Colón por su descubrimiento es destruirlo, falsearlo, desprovocerle precisamente de su genial contextura y ensalzarlo por vía de lo casual. Pese a que, aun admitiendo que pudiera haber sido, fué Colón y no otro, quien merece los honores del descubrimiento.

Fijo esta consideración, para manipular con la virtud coincidente — quizá la única de toda la obra — que detenta la pieza en verso del señor Cladera. Dicha obra, finaliza cuando empieza el descubrimiento. Cabe significarlo, toda vez que este Cristóbal Colón — prescindiendo de sus resultados históricos — al caer el último telón, ignora aún el alcance de su gesta. Sólo sabe que el vigia de la nave, desde la cofa, ha lanzado el grito de: «Tierras». Es decir, el Colón de Cladera, es un Colón sin América.

Escénicamente, este final le concede una magnífica oportunidad a su autor: la de describir al hombre que hay en Colón, hasta el momento en que deja de serlo para convertirse en una estatua. Esta interpretación que pudo ser la piedra de toque del señor Cladera, ha sido precisamente la que ha malogrado, por falta de valentía, todo el valor virtual de su «momento». Nos ha dado un Colón sin variaciones, un Colón a base de tópicos; con todos

rica y como entidad, como tipo de carne y hueso, se hunde vertiginosamente por los versos que prodiga. La poesía teatral, de no ser «auténtica», herirá menos los oídos si es de calidad sobriamente prosaica, limpiamente prosaica; no altisonante, ya que entonces se falsea, suena mal y queda al descubierto su procedencia de fichero. En caso de forzar el pie, se atisba, con todo su desprestigio, la flojedad de la musa que inspira al supuesto poeta. ¿Por qué escribir en verso aun en aquellas escenas en que el autor no siente la poesía? Este es otro de los errores del señor Cladera. Y una de sus faltas de sinceridad para consigo. Algunos pasajes de su obra nos inclinan a deducir que la poesía no es siempre su auténtico modo de expresión; o como si su estro escalara cimas distintas a las del personaje.

Por último, considerada escénicamente, cede paso a momentos de «relleno», en perjuicio del dibujo del protagonista, permitiendo la intrusión absurda de entes cuya finalidad presencial es tan incomprensible como la de los tres frailes — o lo que sea — que aparecen, cuchichean y se van corriendo, sin encomendarse a Dios ni al diablo. Ni cuida tampoco de colorear la época, ni de empastar las situaciones, ni de justificar el proceso de los primeros cuadros. En uno de ellos — posiblemente el de más planteo teatral — cuando Colón se enfrenta a la Junta, nombrada para fallar el asentimiento mayestático, queda pulverizado por la ingenuidad con que trata la cuestión del milagro que, por otra parte, no lo es ni puede serlo nunca el alarido epiléptico de un visionario.

Este severo dictamen, empero, no significa que desesperemos de ver futuros logros debidos a la pluma del señor Cladera. Téngase en cuenta su principio: se ha lanzado a la palestra con una obra ambiciosa, y no con una vulgar «Madre guapa» que, como es comprobable, parece ser el alcance de muchos de los modernos noveles.

JULIO COLL



Una escena de «Cristóbal Colón»

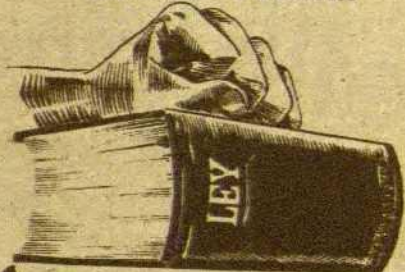
METROPOLI

Lunes, 3 ESTRENO - La sensación de 1944

GLENDIA FARRELL - EDGAR BUCHANAN - TOM TYLER

CARY GRANT • JEAN ARTHUR

RONALD COLMAN



El asunto del Día

Columbia Films, S. A.
DIRECCION GEORGE STEVENS

Un reparto de estrellas que convierte cada instante en una rara y emocionante aventura

Cine PLAZA
MARYLAND

La última interpretación de

Fred
ASTAIRE
Ginger
ROGERS

en
AMANDA
Música de
IRVING-BERLIN

Y A M

¡La danza que se baila en todo el orbe!

Distribución: Astoria Films - Lote Juca - Agustí

AIRE LIBRE

PANORAMA DE LA NIEVE

DE LOS LAPONES A EMILE ALLAIS, O DE LA PREHISTORIA A LA ACTUALIDAD EN ESQUÍ

El esquí es el deporte de moda. En estos días navideños, cuando los hogares se adornan con el tradicional abeto procedente de la alta montaña, que trae a la ciudad un retazo del invierno, no es difícil imaginarse el más poético y bello paisaje nevado. La nieve es a la vuelta de la esquina, en las comarcas cercanas a la capital, para alegría y gozo de los esquiadores. Hablar un poco de este deporte, que en poco tiempo se ha impuesto entre las juventudes, es cosa obligada.

EN LA NOCHE DE LOS SIGLOS

Determinar con certeza el origen del esquí es tarea prolija a la que están dedicados una serie de investigadores nórdicos, pues en estos países todo lo concerniente al deporte blanco apasiona a las rubias multitudes de aquellas naciones. En Helsinki, existe incluso un importantísimo museo dedicado a la recopilación y exposición de los distintos medios utilizados por el hombre desde la Prehistoria a nuestros días, para deslizarse por la nieve. Los más antiguos artefactos, proceden al parecer de los pueblos lapones; de los que descienden los esquimales, y son unos largos patines de hueso de reno.

Pero dejemos a los sabios en su labor de investigación científica, en la noche de los siglos; el esquí moderno, lo que podemos llamar esquí deportivo, se establece en Europa a finales de siglo. Los grandes núcleos montañosos del Norte y Centro-Europa, empiezan a ser «descubiertos» para la práctica del esquí que da sus primeros pasos. Son de este tiempo aquellas inefables fotografías, en las que aparecen bigotudos caballeros provistos de jerseys, bufandas, bandas e inverosímiles gorritos intentando conservar la estabilidad sobre las huidizas tablas. Esto, que quizá hace sonreír un poco a los esquiadores de hoy — pantalón de tubo y «anoraks» impecable — fueron los balbuceos del deporte blanco, y hay que rendir justa gloria, envuelta en un halo nostálgico a aquellos pioneros del esquí, que en una época de incomprensión y aun de hostilidad hacia el ejercicio físico, hicieron posible el esquí moderno.



El suizo Von Allmen, uno de los mejores saltadores de esquí en una magnífica exhibición de su estilo en el trampolín de Arosa, donde ganó, el pasado invierno, el campeonato de combinación nórdica (fondo y saltos).

sico, sentaron la base del auge del deporte blanco en el mismo lugar en que se propinaron las primeras «cataladas» signo eterno e inmutable de este deporte.

EL PROGRESO DEL TURISMO Y DE LA TÉCNICA

Los nombres de Chamonix, Davos, Saint-Moritz, Alberg, Sestrières, Garmisch, Innsbruck, Méjève y Val d'Isère, pequeñas aldeas perdidas en el corazón de las blancas montañas de la Europa Central, empezaron a ser ya del dominio popular, a principios de siglo. La industria hote-

lera hizo lo demás construyendo magníficos y confortables hoteles, y los pueblitos de montaña se convirtieron en lugares lujosos dedicados a la remuneradora industria del turismo transformándose aquellos campesinos en guías, hoteleros, comerciantes de artículos deportivos, etcétera. Bien puede afirmarse que la práctica del esquí ha sido para estas comarcas una verdadera lluvia de oro.

Al margen de este progreso turístico mejoró también rápidamente la técnica del esquí. Los deportistas blancos fueron descubriendo nuevas formas de dirigir las tablas; de frenar, virar y descender. Se forman las escuelas de esquí, que habían de marcar una pauta en el arte técnico.



Pepi Jennewein, vencedor del slalom en los últimos Juegos Mundiales de la F. I. S., ha sido otro de los deportistas alemanes muertos en la presente guerra. Jennewein no regresó en un reciente vuelo de guerra en el frente del Este y le ha sido concedida la Cruz de Hierro en homenaje póstumo.

co, siendo la más famosa hasta la aparición de la fundada por el francés Allais, la radicada en Alberg y en donde se formaban los mejores profesores de esquí del mundo.

EMILE ALLAIS O LA REVOLUCIÓN EN EL ESQUÍ

Un francés había de revolucionar lo que parecía ya inmutable en los últimos diez años de la historia del esquí; la técnica de descenso. Fue Emile Allais que dictó nuevas leyes, estableciendo un completo método, novísimo en su fundamento y aplicación, y hoy adoptado ya en todos los centros de esquí por su eficacia. Allais llegó a la cima de su popularidad en 1937 conquistando para Francia tres campeonatos mundiales en Chamonix, el de descenso, habilidad y combinación alpina. En segundo lugar se clasificó su discípulo Lafforgue y el éxito de la nueva técnica fue completo.

Pretende explicar en pocas líneas el «sistema Allais» — cuya escuela está establecida en Vall d'Isère — descrito por el propio campeón en varios libros, es cosa difícil para no decir imposible. Digamos, generalizando, que el sistema propugnado por Allais, se basa en el principio fundamental de «esquís paralelos» en contraposición de la base de las antiguas escuelas del «estemboguen», en las que se esquiaba con las piernas muy abiertas y sin mantener un paralelismo completo entre las dos tablas. La técnica Allais convierte al cuerpo del esquiador, avanzado hacia adelante sobre las espátulas de los esquís, en una verdadera catapulta humana. En los frenajes y virajes tienen un papel principalísimo el juego de hombros, brazos y tobillos sin que el cuerpo, que era antes la base del dominio de la estabilidad en las antiguas maneras, pierda su posición agazapada.

Emile Allais, revolucionó no sólo el mundo de los esquiadores sino también el de los constructores de utensilios para el esquí. Surgen las fijaciones tipo «kahandari» y los corredores adoptan el sistema de correas con las que el esquí forma un todo con la bota. Los accidentes son

ahora mucho más peligrosos que antes en la nueva forma de esquiarse, porque se desciende a mayor velocidad, y en las caídas el esquí no se desprende con facilidad de la bota del esquiador, como antes con la fijación libre.

LAS GRANDES COMPETICIONES BLANCAS

Antes de la actual guerra eran muchas las grandes competiciones internacionales de esquí que reunían anualmente a los mejores valores de este deporte. Como pruebas de excepción, podemos citar las Olimpiadas Blancas que se celebraban en los años olímpicos o sea cada cuatro. La de 1936 tuvo por escenario los Alpes Bavaros, en Garmisch-Patenkirchen, estando representada España.

Los Juegos de la F. I. S. (Federación Internacional Ski), el último de los cuales se celebró en Cortina d'Ampezzo (Italia) en 1941, con participación restringida a causa de la guerra, tenían categoría de verdadero campeonato mundial y superaban en interés a las competiciones olímpicas, pues en éstas no podían participar los profesores de esquí — en lo que se convierten por lo general los ases de la nieve — que en cambio la tenían vedada en la Olimpiada.

Un certamen blanco comprende distintas clases de pruebas de, además de torneos de «chockey» sobre hielo, patinaje artístico y de velocidad, carreras de «bobs» (trineos con dirección que se desliza por un tobogán especial). Las competiciones internacionales de esquí, comprenden carreras de descenso, habilidad o «slalom» (carrera entre pasos marcados por banderolas que obligan a constantes cambios de dirección), de fondo sobre unos cincuenta kilómetros y de medio fondo sobre unos diez y ocho, así como relevos de cuatro por ocho kilómetros y pruebas de patrullas militares con ejercicios de tiro al blanco. Las pruebas de saltos, es de las más espectaculares del deporte del esquí y se efectúa en trampolines construidos al efecto. La marca mundial la posee el noruego Birger Rund, con noventa y seis metros. Un hermano de éste, formidable saltador, Sigmund Rund saltó en el trampolín de la Molina, antes de la guerra, treinta y cinco metros, la máxima marca lograda en esta instalación.

EL ESQUÍ SERIO Y EL ESQUÍ ALEGRE

La hegemonía mundial del esquí, se ha dividido de acuerdo con las características de las pruebas internacionales. En las competiciones en las que priva la dureza, en el esquí de fondo, los nórdicos dominan. Las grandes pruebas de los países del Norte son dedicadas principalmente al fondo. La configuración del terreno sin grandes pendientes, se adapta a que estas carreras tengan un mayor auge. En Suecia se corre anualmente, por ejemplo, una prueba sobre cincuenta kilómetros — aparte del llamado «Marathon» del esquí que sobre 100 kilómetros se disputa en Finlandia — que recorre varias ciudades, y que tiene una popularidad similar a la de nuestra Vuelta Ciclista a Cataluña. El sueco Alfred Dahlqvist es el mejor esquiador de fondo del Mundo. Suecos, finlandeses y noruegos son los que mandan en este esquí serio y dramático de las agotadoras pruebas de fondo.

En descenso y habilidad (slalom), los nórdicos antiguos campeones de estas especialidades, se han visto desbancados por franceses, alemanes, suizos e italianos que les disputan con éxito la supremacía en estas rápidas y espectaculares pruebas de bajada, en las que se requiere más maña que fuerza. Por cierto que en esta guerra, el esquí mundial ha perdido a varios ases en estas especialidades entre ellos a los alemanes Pepi Jennewein, sargento aviador que no regresó de un reciente vuelo de guerra y a Rudi Cranz, hermano de la famosa campeona olímpica Cristel Cranz, muerto al frente de una pequeña unidad alpina que operaba en el frente del Este.

NIEVE POLVO: EL SUECO DE UN ESQUIADOR

Cuando un esquiador piensa salir de la ciudad para la práctica de su deporte favorito, lo primero en que piensa, es en la nieve que encontrará. No todas son buenas para la feliz práctica del patinaje sobre maderas. Y su sueño dorado es la nieve polvo, ese polvillo blanco que forma el tapiz ideal para la práctica del esquí.

A todos los esquiadores que se disponen estos días a pasar sus días festivos en La Molina y Nuria, les deseo algo más que un feliz Año Nuevo, propio de estas jornadas. Nieve polvo y días de sol en la alta montaña. He aquí lo que sería un gran regalo de Navidades para los deportistas de la montaña.

Ojalá sea así. Aunque luego tengamos que apretarnos un poquito en el «fren blanco» de los domingos, y una vez en la nieve, las volteretas sean más en público de lo que uno en realidad desearía.

CARLOS PARDO

Henry Cochet, en Barcelona

NADIE diría al ver a Henry Cochet, ágil y fuerte, seguro de sus posibilidades físicas, que el astro del tenis mundial cuenta ya con cuarenta y dos años, y más de veinte de actuación en las principales pistas tenísticas.

He aquí un caso maravilloso, un ejemplo de lo que puede la clase, en un deporte como el tenis, que exige, contra lo que muchos creen, un severo cuidado físico.

Henry Cochet es toda una época del tenis galo. En sus tiempos de oro

le en esa merma de clase. Creo que en todas partes debe ocurrir lo mismo.

—¿Y sobre el tenis español?

—He visto jugar poco a nuestros tenistas, para juzgar. Pero algunos son muy buenos. Creo que Carles, por ejemplo, mi adversario en la final del torneo, tiene muy poco que envidiar a los tenistas españoles de los mejores tiempos.

—¿Cuáles son sus planes?

—De momento, una vez terminada mi actuación en Barcelona, trasladar-



el gallo francés lanzó a lo alto su más alegre «ki-ki-ki» victorioso, conquistando aquel famoso «trofeo de los tres mosqueteros» — Cochet, Lacoste y Borotra —, cuatro veces para su país, la famosa ensaladera de plata donada por Mr. Davis, y símbolo máximo de la supremacía tenística entre naciones.

Hoy el gran tenista francés sigue brillando con fuerza en el firmamento tenístico. Y sigue admirando a los públicos con la serenidad de su juego, su clase excepcional y sus golpes maestros.

Un nuevo triunfo ha unido estos días la gran raqueta, a su denso historial de victorias, ganando el «single» del Concurso Internacional del Real Turó. El triunfador de Wimbledon, de Roland Garros, de Forest Hills, ha sido también, entre el importante grupo de tenistas europeos que se han dado cita en el torneo navideño de Barcelona, el mejor.

Lo hemos entrevistado brevemente, para DESTINO. Y he aquí lo que nos ha dicho Cochet:

—¿Cómo se encuentra entre nosotros, Henry?

—Muy bien. Barcelona tiene para mí preciosos recuerdos. Aquí gané mi primer campeonato mundial en pistas cubiertas, en el torneo jugado en 1923 en uno de los Palacios de la antigua Exposición.

—¿Cuál es su opinión sobre el momento actual del tenis?

—Por lo que respecta a mi país, es indudable que la calidad media ha bajado. Hay una guerra que impide la relación internacional de los tenistas, tan importante para su mejoramiento, y ello influye notablemen-

te en esa merma de clase. Creo que en todas partes debe ocurrir lo mismo.

me a Lisboa para participar en el torneo internacional de Cascaes, al que he sido invitado. Después regresar a mi país, y seguir jugando para mantener la forma. No pienso retirarme por ahora.

Y aquí termina Henry Cochet, que tiene la amabilidad de dedicar una fotografía a nuestro semanario.

La mano que ha poseído triunfalmente una raqueta de tenis por todo el mundo, estrecha mi diestra, y la conversación termina. — P.

TAMATINA
Industrias Riera-Marsá

TREN ELECTRICO
JUGUETE IDEAL



Casa especializada en material ferroviario juguete
EL ANCORO DE ORO

Rv. Joa. Antonio, 642 - Tel. 22165 - Barcelona

CAVAS



CRISTAL - EXTRA - ESPUMOSO

Diploma de Honor en la Exposición Internacional de Barcelona 1929

LA GABARDINA

(Viene de la última página)

se hallaba exactamente a cinco pasos de distancia de la salida.

«Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram...» — martilleábale en la cabeza.

De repente, se levantó y con pasos de sonámbulo, se acercó a la percha. Tranquilamente, se puso el pesado abrigo de pieles.

Ya estaba en la calle.

«¿Qué locura! — dijo y se detuvo un instante. Después se puso a caminar rápidamente, muy rápidamente, dobló un chaflán, se internó en una bocacalle, atravesó una calle estrecha y se puso a correr. Tenía la impresión de que su pecho iba a saltar un lamento incomprensible. Cuando estaba lejos se detuvo para apoyarse jadeante en una pared. Sintió vértigo al pensar en el abismo que acababa de franquear. Súbitamente, llevóse una mano a la cabeza: ¡Santo Dios! ¿No me habré olvidado algún papel o sobre con la indicación de mi nombre y dirección en la gabardina amarilla? Pero se tranquilizó, recordando que no había quedado en los bolsillos, si se exceptúa un cucurucho de papel en el de la izquierda, y en el cucurucho, un puñado de cascara de castañas, pues las había comprado y comido en la calle.

Miró a su alrededor, como quien acaba de despertarse de un largo sueño.

Se hallaba en una calle apartada de la ciudad. Miró su reloj: eran las seis en punto. Era preciso que volviese a su casa para ponerse un cuello limpio y afeitarse. No se atre-



via a tomar un tranvía y así apresuró el paso para regresar a su casa a pie. Caminando, le asaltaban toda clase de pensamientos. No cabía duda de que aquel abrigo tan magnífico era el de algún hombre riquísimo. ¿Qué le importaba, con tal que esta noche pudiera ir a cenar con los hermanos Boros! ¡Santo Dios! ¿Y si aquel hombre, por casualidad, asistía al mismo restaurante? ¡No! Llevaría, por precaución, a Vilma y a su hermano a otro sitio, lejos de aquel café. Mañana, vendería el abrigo a un trapero y entregaría su importe al primer pobre que encontrase.

Sentía en torno de su cuello como una especie de hálito, el calor de la piel marrón. Por fin, llegó a su casa. Tenía que darse mucha prisa, pues ya eran cerca de las seis y media. Sacó un cuello nuevo que había comprado aquella misma mañana; el cuello era alto, por lo menos, de una altura de seis centímetros. Era éste el que iba a ponerse. Se rasuró precipitadamente, pero su mano temblaba y su muñeca era débil y sin energía, como si no tuviese huesos. Se cortó tres veces. Durante un instante, contempló perplejo su cara que chorreaba sangre. No conseguía abrocharse el cuello, demasiado nuevo. Irguiéndose sobre las puntas de los pies, se contorsionaba ante el espejo y se vio precisado a sentarse para poder respirar. Por fin, acabó de arreglarse. Se puso lentamente el abrigo de pieles. Le pareció que se sentía rodeado de un silencio mortal. Dirigióse rápidamente al hotel, a donde llegó a las siete en punto.

Segundo piso, habitación número 32 — dijo el portero, contestando a su pregunta. Después, mirando hacia las casillas y al notar que la llave no estaba, añadió: — Están.

Prickzy subió la escalera de cuatro en cuatro... ¿Qué caramba! ¿Iría a encontrarse frente a frente con el propietario del abrigo...? Se detuvo en el corredor, buscando el número de la habitación. Ya estaba a punto de llamar con los nudillos cuando se sintió invadido por un miedo inexplicable. No atreviéndose a entrar con el abrigo puesto, se lo quitó y lo colgó en el pasillo, en una percha que había junto a la puerta.

Después llamó. Una alegre voz femenina le dijo:

«¿Entre!»

Vilma tenía ya el sombrero puesto. Sentada junto a la mesa, se estaba arreglando las uñas. Erno, en mangas de camisa, se hacía el nudo de la corbata ante la luna del armario. Prickzy fué recibido con sonoras exclamaciones, y a los pocos instantes, se sentía muy a gusto y de un excelente humor. Los dos Boros reían como niños. Saltaban y se tomaban mutuamente el pelo.

«Bueno, ya es hora de salir — observó por fin Vilma, poniéndose los guantes.

«Oye: aún no le he dicho a Luis lo que me ha pasado esta tarde.

«Es verdad — repuso Vilma y comenzó a reír.

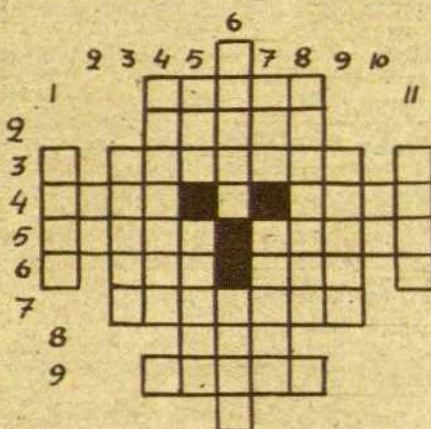
«Pues mira — empezó diciendo Erno —, esta tarde, apenas llegados, hemos ido a hacer algunas compras y hemos entrado en un café. ¡Qué ciudad más desagradable es Budapest! ¿Crecerás que me han robado mi abrigo nuevo, que acababa de estrenar? Y, en cambio, mira qué porquería me han dejado en su lugar.

DESTINO

CRUCIGRAMA MASHUMOR

CRUCIGRAMA NUMERO 167

HORIZONTALES: 1. Amigo. — 2. Pena. — 3. Vivir. — 4. Identificado. — Cargo anejo a un empleo. — 5. Actor. — Sentir violentamente una pasión u otra cosa. — 6. El jengibre. — Pueblo de Navarra. — 7. Nuevos. — 8. Altar. — 9. Cojera.



VERTICALES: 1. Sacerdote de la religión de Zoroastro. — 2. Nota. — 3. Pueblo chileno, en la provincia de Chiloé. — 4. Triste. — 5. Período de tiempo. — Lugar de España donde se verificó una célebre batalla. — 6. Período de remisión de la fiebre. — Canción. — 7. Séptimo hijo de Jacob. — Hurtar. — 8. Río suramericano. — 9. Extraños. — 10. Pronombre. — 11. En la piel.

SOLUCIONES

SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUM. 165

HORIZONTALES: 1. Veleros. — 2. Bilis. — 3. Sanabas. — 4. Na. — Ed. — 5. Cojeras. — 6. Ha. — Era. — El. — 7. Lima. — Anis. — 8. Papeletas. — 9. Ir. — Ra. — 10. Acodado. — 11. Felinos. — 12. Evo. — 13. Isasa.

VERTICALES: 1. Hip. — 2. Cama. — Af. — 3. Tébano. — Apice. — 4. Linaje. — Eroles. — 5. Vela. — Eral. — Diván. — 6. Ribera. — Eranos. — 7. Rosada. — Atado. — 8. Sena. — Os. — 9. Lis.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUM. 166

HORIZONTALES: 1. Habanos. — 2. Ali. — 3. Ratonos. — 4. París. — 5. Lat. — Veo. — 6. Cañaveral. — 7. Gato. — Asia. — 8. Ni. — Asi. — Is. — 9. Nitidos. — 10. Patán.

VERTICALES: 1. Can. — 2. Latín. — 3. Apaño. — Ip. — 4. Batata. — Ata. — 5. Calor. — Visita. — 6. Ninive. — Ida. — 7. Esera. — On. — Oasis. — 9. Lis.

GRAFOLOGIA

por NIGROM

MUNSA. — Sobria y clara escritura símbolo de una bien dotada inteligencia. Tiene usadas facultades y cualidades para triunfar en el futuro. — Orden y método en sus cosas, estética en los detalles y sobre todo, una voluntad obstinada, que bien conducida, puede ayudarle mucho. — Su figura, en general, es sencilla y su carácter sincero; aunque absolutamente reservado, para todo lo que considera íntimo. — Afable. — La imaginación trabaja. — Pequeña tendencia a desanimarse. — Sin egoísmo, rencor, ni astucia. — La sensualidad es normal.

DIONISIOS. — Resulta un poco difícil definirle sin haberle tratado, debido a que es persona bastante impenetrable y además, se presenta distinto en iguales circunstancias. — Su profunda sensibilidad le

proporcionará muchos disgustos; es usted tan susceptible, que todo le hiere y molesta y como hay reserva, padece doblemente. — Sofista en sus deducciones. — Obstaculación fuerte; cuando se aferra a una idea, no hay quien pueda disuadirle. — El espíritu supera a la materia. — Rasgos originales. — Instrucción. — Vivacidad. — Esplendidez. — Entusiasta. — Falta previsión en sus actos.

HAMLET. — Por lo visto, tiene usted muchas ganas de escribir, lo cual demuestra que no es usted perezoso. — Voluntad firme. — Se complica la vida inútilmente y su cultura es buena, pero algo ficticia. — Suele mostrarse por un igual y su modo de ser no sufre grandes alteraciones. — Indulgente. — Ordenado. — Sensible. — Convencimiento de sus méritos. — Diplomático. — Ráfagas de ambición. — Sinceridad. — Vivacidad. — Se equilibra el espíritu con la materia. — No le gusta hacer alardes de cariffo.

Y, hundiendo la mano en el armario, retiró del mismo, una miserable gabardina amarilla, con tres líneas de pespuntos a máquina.

Prickzy estaba pálido como la cera.

«¿Qué le vamos a hacer? Me veré obligado a quedarme con ella hasta mañana y antes de tomar el tren, me compraré un abrigo. Sería inútil dirigirme a la policía, pues nunca recuperaré mi abrigo. ¡Ojalá tuviera entre las manos a ese bribón de ratero!

«¿Vais a venir, por fin...?

Lajos Prickzy experimentó la sensación de que no tenía ni corazón en su pecho ni cerebro en su cráneo ni energía alguna en sus piernas... Sólo le quedaban sus dos puños para romper aquella puerta de cristales, unas piernas para dar un salto en las tinieblas frías de la noche y una voz para gemir, para lamentarse... ¡Caramba, si es mi abrigo! ¿Pero cómo ha venido a parar aquí? «Bombillas Wolfram, Bombillas Wolfram, Bombillas Wolfram...»

Estaban en el pasillo.

«¿Y tu abrigo, dónde lo tienes?» preguntó Erno.

Prickzy levantó hacia la percha una mirada perpleja y confusa.

La percha estaba vacía.

«Aquí... ¡Pero si lo he dejado aquí antes de entrar!

— balbuceó con voz que parecía salir de un subterráneo.

Hubo un silencio; después, Vilma y Erno saltaron una sonora carcajada.

«¿También a ti te han robado tu abrigo!... Tu... abrigo... — chillaba Erno, apretándose las costillas con una mano y dando golpes al aire con la otra, apoyándose en la pared. Estaba sofocado de tanto reír. Vilma también reía a carcajadas.

Prickzy se quedó inmóvil con cara de estúpido, ante la percha vacía. En su interior parecía encenderse una gran claridad y tuvo que pensar en la Divina Providencia.



LIBROS MODERNOS, por Castany

«Caramba, don José, ¿se muda de piso?
— Es que me he aficionado a la novela.

BRIDGE

UN JUEGO CONQUISTA EL MUNDO

Londres 1894. Es una tarde fría y lluviosa de otoño.

En el salón de juego del aristocrático Portland-Club, sólo hay seis mesas ocupadas. Los caballeros en smoking están sentados en grupos de cuatro alrededor de las mesas. Reina un silencio solemne. Tan sólo se oye el susurro de las palabras imprescindibles. Se juega al Whist.

En una de las mesas hay sentados tres caballeros. De sus pipas se elevan tenués nubes de humo azul. Callan. El Whist se juega a cuatro. Esperan pacientemente la llegada del cuarto.

Se abre la puerta y aparece Lord Burgham. Se dirige con pasos rápidos hacia la mesa ocupada por los que le aguardan. Saluda sin pronunciar palabra con una inclinación de cabeza. Los otros con igual mutismo corresponden al saludo; luego se sienta.

«Podemos empezar, señores, si así les place.

De las tres pipas se eleva el humo más alegremente.

Lord Burgham reparte las cartas. En el Whist se descubre la última carta, es el triunfo. Pero Lord Burgham también reparte esta carta. Después de su corto silencio observa uno de los jugadores:

«Perdón, pero yo creo que Su Señoría ha olvidado de declarar el triunfo.

«Lo siento de veras, estaba distraído. Pensé durante un momento, que jugábamos al «Birich», un juego de cartas ruso, parecido a nuestro Whist. Puedo decirles que se trata de un juego sumamente interesante.

El juego continúa. Más tarde pero, cuando los jugadores de las diversas mesas han terminado ya sus partidas, se le ruega a Lord Burgham a que haga una pequeña demostración de este juego ruso, el «Birich» o como se llame.

Los presentes están de acuerdo en que el juego ruso es verdaderamente interesante, y que no sería nada disparatado aunar las reglas de los dos juegos.

De este modo nació en el Portland-Club de Londres un nuevo juego. Primeramente se le llamó el «Whist» ruso, luego «Whist - Birich», finalmente «Bridges». Debe su existencia a una casualidad: a la distracción de Lord Burgham, al repartir las cartas.

Tres oficiales del ejército de la India, los tres jugadores pasionales del «Bridges», son destinados a una posición fronteriza. Falta el cuarto jugador. Entonces se le ocurrió a uno la feliz solución: el «Bridges» posiblemente se podría jugar con tan sólo tres jugadores. El triunfo es subastado y las cartas del jugador que falta, se extienden después de la subasta cara arriba sobre la mesa.

Es el origen del «Bridges» subastado, cuyas reglas fueron determinadas en el año 1907. Se trata en lo posible de eliminar la suerte del jugador, el azar, dejando en lo posible el mayor campo de acción posible a la capacidad de combinaciones del jugador.

Esto se consiguió de tal forma, que Sir James Walter, el célebre jugador de ajedrez, podía escribir en una carta abierta al «Times», lo siguiente: Desde hace 2.000 años es el ajedrez el único juego del mundo en el cual tienen valor únicamente el espíritu y la capacidad analítica. En el «Bridges» subastado ha encontrado por primera vez desde hace 2.000 años su primer competidor. Creo no equivocarme cuando auguro un gran porvenir a este juego.

Sir James Walter no se equivocó, el éxito mundial no se hizo esperar, pero se realizó tan sólo cuando el «Ragnet-Club de Philadelphia» introdujo el juego en los Estados Unidos de América.

Aquí consiguió, bajo el nombre de «Contract Bridges», su más alto desarrollo.

Para indicar brevemente la popularidad del juego en los Estados Unidos, vamos a indicar aquí algunos datos estadísticos: En el año 1937 la mayor Compañía de radiodifusión americana sostuvo, a través de 187 emisoras, una serie de conferencias sobre el tema: «Cómo se juega un «bridges» científico». Se calculó que la cifra de oyentes pasó de los 10.000.000. Se calculó que en el año 1932 aproximadamente, 11.000 personas ganaban su sustento dando clases de «Bridges».

El grandioso éxito americano tuvo naturalmente su resonancia en Europa. Fue en los primeros años una verdadera epidemia. Aquellos que no lo consiguieron ver por sus propios ojos, casi es imposible se lo puedan imaginar. El «Bridges» imprimía su sello en el Continente. Como setas brotaron de todos los lugares, en todas las capitales de Europa los salones de «Bridges», en las reuniones sólo se jugaba al «Bridges», el juego lo invadía todo. Era por el año 1937.

1937. — En España hay guerra civil y la epidemia no puede traspasar los Pirineos.

Pero hoy, hoy ha llegado ya. Y es precisamente DESTINO que sabe que a su desenvolvimiento no se le pueden poner trabas. En Barcelona existen ya cuatro Clubs de Bridge y se habla de que bien pronto cinco o seis más serán abiertos al público. Se juega mucho, con sumo interés y... bastante mal, como ocurre siempre al principio.

«¿Juega usted al bridge?» — Esta pregunta la oímos a menudo.

«¿Juega usted al bridge?» — Bien, no importa que usted no juegue. Los grandes periódicos y semanarios de los cinco Continentes tienen sus secciones de «Bridges», en las cuales enseñan a los principiantes y aconsejan a los más adelantados.

Y en España, es DESTINO quien por primera vez abre sus columnas al «Bridges».

Siga usted nuestra sección en nuestras columnas de la semana próxima.

WILLIAM ALDOR

Ilustraciones de P. CLAPERA

LA GABARDINA

CUENTO POR LAJOS DE ZILAHY



A todas las mañanas el frío tejía sobre el asfalto una fina gasa de escarcha y todas las noches la ventisca decembrina gemía bajo el firmamento, subiéndola hasta las estrellas. Llovía todos los días y cuando uno salía a la calle sentía en el rostro una serie de pequeñas punzadas frías, pues ya no se trataba de la lluvia otoñal que cae en suaves y melancólicos chaparrones.

Ahora las gotas de la lluvia nos azotaban la cara, violentas y duras, cual otras tantas diminutas balas, como una metralla disparada desde arriba por millones de fusiles invisibles.

La lluvia no caía ya de una manera normal, sino con suma irregularidad, caprichosamente, según de donde soplaban el viento. A menudo cesaba durante algunas horas, pero otras veces, el viento retorcia furiosamente la inmensa arpillera parda de las nubes, exprimiendo de las mismas un jugo glacial. Todavía no caía nieve, pero este tiempo resultaba peor que el más mordaz de los fríos. La gente se precipitaba en los cafés y bares, para beber se hirviendo y tomar aspirina.

Lajos Priczky atravesó a galope el puente de Francisco José sobre el anchuroso lecho del Danubio. Llevaba una delgadísima gabardina amarilla, orlada en su parte inferior de pespuntos, pues así lo exigía la moda de entonces. Aquella ligera gabardina apenas le llegaba hasta las rodillas. A consecuencia de la lluvia, se había vuelto parda, semejante al papel de embalar humedecido. Era una de aquellas cortas gabardinas amarillas que hacía elegante llevarlas en primavera, en el elegante paseo del Corso, a orillas del Danubio, para protegerse de los rayos del sol.

Pero resulta que Priczky sólo poseía aquella única gabardina amarilla, y tenía mucho frío. Por lo tanto, pasó corriendo por el largo puente, pues, por entre los sopores de hierro soplaban un vendaval tan fuerte como si qui-

movió suavemente el dorado líquido con la cucharita, cogió una cucharada y vertióla lentamente en la taza. De vez en cuando, el vaho que cubría la taza se disipaba y entonces, inclinándose sobre el espejo del oscuro caliente, vió su propio semblante con una mueca grotesca. No obstante, Priczky conservó una seriedad mortal, con una expresión de mal humor, parecido a un viejo frasco que contiene algún líquido negruzco y maligno.

Sonaba con muelles y calientes abrigos de invierno, forrados de piel. ¿Por qué no poseía él un buen abrigo? No porque sintiera verdadera necesidad de tenerlo, pues él ya se arreglaba como fuese, corriendo, moviéndose mucho; podría pasar perfectamente el invierno sin ningún abrigo bueno, como lo hiciera el año anterior, a pesar de que hizo un frío terrible. No era, pues, por él; poco le importaba si la gente en la calle volvía la cabeza a causa de su gabardina al verle pasar. Era por Vilma.

Lajos Priczky tenía relaciones con Vilma Boros, hija de un abogado de la ciudad de Kassa, con la cual sostenía correspondencia. Se habían conocido cuando Priczky era alumno del Instituto Kassa, pues era originario de la Alta Hungría. Durante los dos últimos cursos, tuvo por condiscípulo a Erno Boros. La familia Boros acababa de establecerse en la ciudad. Una tarde — durante el penúltimo curso — paseándose por la calle de los Faisanes, Erno dijo a su amigo: —Sube un momento a casa; vamos a preparar nuestro deber de latín para mañana.

Priczky no contestó, pero asintió con la cabeza. —Límpiate bien los zapatos, para que mi madre no se enfade —dijo Erno al llegar a la puerta del piso—. Y Priczky se limpió cuidadosamente los pies en la estera, en la que se leía con grandes letras negras: «Límpiese los pies antes de entrar». Pero algo le molestaba bastante: imaginaba que precisamente aquella tarde no llevaba puños en su camisa. Y tuvo que preguntarse además, no sin cierto ofuscamiento, si el cuello que llevaba no estaba demasiado sucio para ir de visita... De todos los del penúltimo curso del Instituto de la ciudad, Priczky era el que llevaba los cuellos duros más altos y más sucios.

Una vez entrados, sintió una molestia aún mayor, pues los Boros vivían en un piso muy elegante. Priczky admiró sobre todo las grandes butacas blancas, con el respaldo de tafete de color gris oscuro, colocadas en el hall. Desde la habitación de su amigo, se veía otra en la que todo era blanco. Mientras buscaban las palabras latinas en el diccionario, Priczky preguntó a su amigo en voz baja: —¿En aquel cuarto quién duerme?

—Vilma... «anxietate magna depressura»... Ablativo del singular, ¿no es eso? Mas Priczky en aquel momento se preocupaba muy poco por los ablativos del deber de latín; volvía continuamente la cabeza hacia aquel cuarto, cuya puerta estaba abierta, y lo encontraba todo muy a su gusto. Entre tanto, Erno desapareció por un instante y al poco rato, una criada les trajo dos tazones de café con leche. Priczky bebió el suyo con emoción y mientras Erno le volvía la espalda, guardó la mitad de su bollo en el bolsillo. Después, volvió a menudo a casa de los Boros. Vilma era alumna en aquel entonces de la Escuela Superior para Señoritas, llevaba unos botines altos con cordones, y sus cabellos castaños le caían sobre los hombros, sujetos por una cinta.

La cosa comenzó el 6 de octubre, o sea el día de la fiesta conmemorativa de los Mártires de la Libertad ahorcados en Arad. Priczky recitó una poesía. La fiesta se celebró en la sala de gimnasia del Instituto; toda la familia Boros estuvo presente y el rostro del muchacho, encendido en patriótico entusiasmo, acabó por gustar a Vilma.

Ahora hacía seis años de todo aquello, sin que en todo este tiempo se pudiera advertir ningún progreso en sus relaciones. Se entendían perfectamente, eso sí, Vilma y él, cambiaban cartas y los padres cerraban los ojos. No decían que no, pero tampoco demostraban interés o prisa alguna: sin duda, habrían preferido para su hija a otro marido que al pobre aspirante a cate-drático de Instituto, pues eran gente adinerada. No se cansaban de hacerle observar a Vilma: —A los profesores, se les paga pésimamente...

De vez en cuando, Priczky se trasladaba a Kassa y siempre, por casualidad, los Boros corrían a Budapest. Vilma se olvidaba nunca de avisar con anticipación a Priczky, en septiembre — la última vez que vinieron — la pequeña gabardina amarilla aun podía pasar; pero esta vez se fue ya en diciembre. ¿Qué diría Vilma al verle aparecer en su abrigo amarillo tan delgado, cuando en las calles soplaban un viento glacial y aquella gabardina apenas le llegaba a las rodillas? ¿No tendría Priczky ningún abrigo de invierno más adecuado?

Priczky removía su te suavemente, con tanto cuidado como si buscara algo en el fondo de la taza. ¿Tal vez trozo de oro que le permitiese adquirir inmediatamente un buen abrigo? El tiempo, en efecto, le apremiaba; Erno y Vilma acababan de llegar en el expreso de la tarde y muchacha le había rogado por carta que se presentase en el hotel a las siete. Irían a cenar a alguna parte los tres juntos, pues los hermanos Boros debían regresar a su casa al siguiente.

Eran las cinco y cuarto. Por lo menos el reloj del corredor marcaba esa hora. ¡Oh, si por obra y gracia de un milagro divino, la delgada y corta gabardina amarilla se transformara en una elegante piel de invierno!

Entonces Priczky tuvo la clara sensación de que su corazón dejaba de latir. En otra percha — en realidad, las perchas habían desaparecido bajo el peso de los abrigos de los clientes del café — colgaba un magnífico abrigo de color marrón. Estaba colgado separadamente, en una percha giratoria, de tal modo que tocaba la pared y no veía muy bien desde la sala.

—¡Qué estupidez! — se dijo Priczky y continuó moviendo su té. Después, cogió un periódico y se puso a leer. Sin embargo, sus pensamientos y miradas no abandonaban a concentrarse en las letras de molde. De repente, levantó la mirada y durante medio minuto se fijó en el abrigo de piel. Tosió, carraspeó, se tragó la saliva y volvió la espalda al abrigo. Frunció el entrecejo y reanunció la lectura. En su pecho, su corazón parecía latir a ritmo más lento. Dejó el diario y vació la taza: sus manos temblaban.

—¡Camarero! — llamó —. ¿Quiere cobrar? — Pagó. Cuando el camarero se alejó, Priczky se levantó para salir. Los dos manos invisibles le sujetaron suavemente por los brazos y le obligaron a sentarse. Cogió nuevamente el periódico y se puso a leer con rabia, si bien no era capaz de leer más que estas palabras: «Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram...» Sus ojos podían apartarse de aquel anuncio. Por fin, levantó la cabeza y miró otra vez aquel magnífico abrigo de piel. Estiró el cuello que comenzaba a sentirse a disgusto en su cuello duro demasiado alto. Luego, bruscamente se le ocurrió una idea: se levantó y con el sombrero en la mano, se dirigió hacia el fondo de la sala, como si fuera a telefonar. La cabina estaba ocupada y volvió. Pero vez de poner su sombrero en la percha de la que colgaba la gabardina amarilla, lo colocó en la otra, encima de aquel abrigo tan elegante. Volvió a sentarse y a leer: «Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram. Bombillas Wolfram...» De reojo, echó otra mirada hacia la percha y calculó.

(Acaba en la página anterior)



siera cortarle la cabeza, al pobre de Priczky, con su enorme navaja. Le hería los muslos como si no llevase pantalones y le penetraba la caja torácica como si fuera un recipiente abierto, tal era la delgadez de aquella corta gabardina amarilla.

—¿Qué el diablo se lo lleve...! — murmuró Lajos Priczky, corriendo. Con ambas manos sostenía el cuello levantado de su gabardina y al llegar al otro extremo del puente, se detuvo detrás de una columna anunciadora, entregándose a unos violentos ejercicios de gimnasia, asustando fuertes puñetazos al aire, como si quisiera derribar a dos enemigos invisibles a la vez; era la única manera de no helarse. Después, emprendió otra vez la carrera, pero hubo de detenerse y entrar en un café, pues estaba mojado y helado hasta los huesos.

Eran las cinco de la tarde y el café estaba atestado de gente merendando. Las teteras aparecían cubiertas de un fino vaho, bajo la acción del te hirviendo y perfumado; asemejábanse a unas ciruelas acabadas de coger. Había muchísima gente en el café, sobre todo señoras, con suaves pieles en los hombros y el velito levantado sobre la nariz. Calentaban al vapor del te sus manos frías como el rocío, quitándose los guantes perfumados, cuya costura había dejado unas huellas rosadas en su piel, cual largas cicatrices pálidas, y palpaban las teteras de plata humeantes.

Priczky se sentó tiritando a una mesa cerca de la puerta. Se quitó el abrigo amarillo y pidió al camarero un te con una copa doble de ron y dos tabletas de aspirina. Re-



La calidad y el arte de los antiguos maestros y el gusto de nuestra época se completan en los calzados de artesanía

Selección de creaciones en

Royalte

«PUBLICACIONES Y REVISTAS»
Ignacio Agustí, director